

LASDAOALPLAY presenta

LOS CASOS DE

VALENTINE CORSO

La dama en las sombras



1

Como todas las historias de detectives, esta empieza en el polvoriento despacho de uno de ellos. Concretamente, en el que Valentine Corso tenía en el Campo di San Lio, en Venecia. Se accedía a él desde la calle Sant'Antonio, pero la ventana tenía vistas a la antigua iglesia de San Lio, por lo que todos los posibles clientes veían su nombre estampado en el cristal desde la pequeña plazoleta. Era una cuarta planta sin ascensor a la que solo se llegaba a través de una tortuosa escalera de peldaños desgastados del siglo XVII.

Algunos os preguntaréis cómo es posible que alguien todavía pudiera ser un detective a la «vieja usanza» y pudiera trabajar en una ciudad tan peculiar. En los tiempos que corrían, después de la Tercera Guerra Mundial —sí, los alemanes volvieron a liarla parda en Europa— y con una grave crisis económica provocada por la sobrepoblación de la Tierra, uno tenía que buscarse el trabajo allí donde surgiera; y después de su servicio en el ejército de tierra aliado, Corso se había hecho un hueco en una ciudad que recordaba al Nueva York de un siglo antes: crímenes, gánsteres, policías corruptos, conflictos entre bandas de inmigrantes... Un lugar donde cada vez que se daba una patada a una piedra salían cinco delincuentes de debajo. Siempre hacía falta un hombre que resolviera la papeleta. Y Corso era ese hombre.

La luz de media mañana se proyectaba en franjas horizontales sobre la mesa al toparse con la persiana de madera que, con total seguridad, no se cambiaba desde 1986. Corso no lo había hecho desde que trabajaba —y vivía— allí y dudaba que el propietario del inmueble se preocupara por las «mejoras» necesarias. Mientras no se hundiera en la laguna y sus inquilinos pagaran religiosamente cada mes, el señor Ciccioli no prestaba demasiada atención a sus propiedades.

Sobre el escritorio que presidía el despacho de Corso P.I. se podían ver montones de cosas apiladas. Papeles de viejos casos, expedientes fotocopiados de la policía, algún que otro retrato robot muy poco acertado, un viejo ordenador portátil de color gris desteñido que había tenido mejores días y un teléfono a juego, un cenicero lleno de colillas, una botella de *grappa* con tan solo un dedo de licor en ella, dos vasos —para cuando había invitados— y, entre otras muchas cosas, un par de zapatos marrones con sus correspondientes pies en su interior.

Curso estaba sentado en su silla de respaldo reclinable, con los pies sobre la mesa, los brazos cruzados sobre su pecho y un sombrero de fieltro sobre el rostro. A pesar de la hora que marcaba el reloj de pared del despacho, todavía no se había levantado... ni despertado. Sus pectorales, curtidos en la batalla y en su oficio, subían y bajaban suavemente acompasados por su respiración bajo la fina tela de una camiseta de tirantes de algodón. Sus brazos desnudos estaban en tensión, apretados el uno contra el otro, permitiendo ver el tatuaje que se hizo en el ejército, obligatorio para saber a qué unidad pertenecía; los marcaban como las reses que van al matadero..., una imagen que no se alejaba demasiado de la realidad. Aunque, a diferencia de algunos de sus camaradas, después de la guerra no le había costado demasiado conciliar el sueño, como ahora demostraba, su cuerpo nunca llegaba a relajarse del todo, como si estuviera listo para entrar en combate.

Curso no roncaba, no era un hombre dado a hacer demasiados ruidos mientras dormía, solo un leve y grave silbido se escapaba entre sus labios y las fosas nasales cada vez que inspiraba y espiraba. Cualquiera que hubiera estado al otro lado de la puerta hubiese creído que el despacho estaba vacío.

Sin embargo, dos suaves pero decididos golpes contra la madera hicieron que Corso abriera su ojo izquierdo y, con el dedo índice de la mano derecha, levantara el sombrero, que impedía que la luz distrajera su sueño.

A través del cristal opaco de la puerta, en la que las letras de Corso P.I. indicaban el camino a sus clientes como las baldosas amarillas se lo mostraron a Dorothy, se perfilaba una silueta.

«¿Un cliente?», se preguntó; pero antes de que pudiera decidir si quería o no hacer ver que estaba disponible, los golpes se repitieron. «¿Un cliente... ansioso?», se dijo mientras una sonrisa nacía en sus labios. Los que tenían prisa para encargarle un trabajo también acostumbraban a ser los que mejor pagaban.

Desperezando sus extremidades, Corso bajó los pies del escritorio, bostezó en silencio y esperó lo inevitable: más golpes en la puerta. Aquella era una buena captura para un pescador como él.

—Adelante, está abierto —anunció con voz pastosa.

Mientras quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta se decidía a entrar, Corso agarró la botella de *grappa* y se terminó el contenido de un solo trago. «Ahora necesito un café», pensó mientras hacía desaparecer los vasos y la

botella —que devolvería para que le retornaran su importe— y vaciaba el cenicero en la papelerera que tenía a los pies de la mesa.

La puerta se abrió justo cuando Corso se entretenía en ordenar —o, más exactamente, apilar de cualquier forma— los papeles esparcidos por su escritorio. Pero al levantar la mirada para dar la bienvenida al posible cliente se quedó boquiabierto. Frente a él no vio al típico matón que acude por encargo de alguien «más importante», ni a la ricachona de turno que cree que su marido la engaña con una chica más joven —lo que siempre acaba siendo verdad—. No. Quien acababa de entrar era una joven bien vestida y de mirada sincera. Aunque de gesto triste, se intuía que cuando sonreía iluminaba la vida a quien tuviera delante. Iba poco maquillada, tenía los ojos llorosos y el cabello rubio y ensortijado recogido en un sencillito peinado que la favorecía, aunque Corso estuvo seguro de que cualquier cosa la favorecería.

—Buenos días —dijo con una voz suave y un poco temblorosa—. ¿Es usted el señor Corso?

—El mismo —respondió Corso con voz resacosa mientras terminaba de hacer sitio sobre su mesa.

—No sabía si estaría disponible para... —empezó a decir la joven con tono culpable mientras sus finas manos jugaban nerviosas con la correa de su bolso.

—No se preocupe, el despacho de Corso P.I. nunca cierra —mintió el detective con una sonrisa.

La chica le devolvió la sonrisa, pero no se movió de donde estaba ni articuló palabra, como si no hubiera previsto aquella situación.

Corso se levantó.

—Por favor, siéntese —la invitó mientras cerraba la puerta de su despacho—, y dígame en qué puedo ayudarla.

Ella agradeció el gesto asintiendo con la cabeza y ocupó una de las dos sillas que había al otro lado de la mesa. Corso, por su parte, desapareció tras una puerta situada a la derecha.

—Hable, hable, que la oigo perfectamente —dijo su voz reverberada desde un pequeño cuartito que le hacía las veces de aseo y vestidor.

—Verá, he venido a su oficina porque no sabía a quién más recurrir —explicó la chica, como si quisiera justificarse—. Hará unos días desapareció una persona muy cercana a mí, y parece que no hay nadie dispuesto a buscarla.

Corso regresó al despacho tras lavarse la cara, con una camisa limpia bien metida por dentro de los pantalones, y arreglándose el nudo de su corbata, que jamás ataba del todo, su imagen caótica también requería cierto orden.

—Si no me da más detalles, señorita, no podré ayudarla —dijo con una sonrisa mientras ocupaba su asiento y abandonaba su sombrero en un extremo de la mesa, sobre una pila de papeles.

La chica parpadeó y bajó la cabeza avergonzada.

—Es un androide, ¿verdad? —preguntó Corso como si disparara un arma. Nunca se andaba con rodeos innecesarios, y menos cuando se trataba de trabajo.

La chica asintió y, casi de forma imperceptible, empezó a sollozar.

—Entenderé que no quiera hacerse cargo de lo que le pido. —Hizo ademán de levantarse—. Ahora mismo me iré y...

Pero Corso la interrumpió cogiéndola por la mano que ella había apoyado en el escritorio para levantarse.

—No hará falta que se vaya —sostuvo con firmeza.

La androide lo observó con ojos llorosos.

—Siéntese, por favor —solicitó Corso. Cuando la chica lo hubo hecho, añadió —: No hay ningún problema con que usted sea o no humana. Algunos de mis mejores amigos son androides, en la guerra luché junto a ellos y le debo la vida a más de uno. Por mi parte no hay distinciones que hacer.

—Pues es de los pocos, señor Corso —afirmó ella.

—Para su suerte, ¿no?

La chica sonrió con sutileza y, como Corso había sospechado, su día se iluminó.

—Lo único que pido a mis clientes es sinceridad, sin ella no puedo hacer bien mi trabajo —le explicó ofreciéndole un pañuelo amarillo.

Ella cogió el pedazo de tela para limpiarse la cara.

—Gracias.

—De nada, ¿quiere algo de beber? Se me ha acabado la *grappa*, pero puede que tenga algo de aceite de motor.

La chica respondió a la broma clavándole la mirada.

—Disculpe, una broma sin gracia. Seguro que una señorita como usted no dice las mismas cosas que viejos veteranos de guerra.

—No me hace falta aceite de motor, señor Corso. Pero si es tan amable de

subir la persiana... Funciono con luz solar.

Al principio Corso no se movió, estaba desconcertado, pero enseguida vio cómo la ceja derecha de la androide se alzaba y en sus labios volvía a brillar la misma sonrisa.

—De acuerdo, me ha pillado —admitió con una carcajada.

—No solo los soldados saben hacer chistes malos, señor Corso.

—Corso a secas, por favor —corrigió él.

Ella asintió captando la invitación.

—Ingrid.

—Encantado. Ahora, una vez hechas las presentaciones y habiendo constatado que ninguno de los dos sabe contar chistes, si es tan amable, empiece por el principio, Ingrid.

La androide se aclaró la garganta y, mirando fijamente a los ojos de Corso — casi hipnotizándolo—, comenzó a hablar.

—Verá, soy la androide de compañía del conde Uzzi, al que sirvo desde hace diez años. Antes de que lo pregunte, no, no soy ningún juguete sexual para él. —El detective no había mostrado ninguna intención de preguntar algo tan personal... todavía—. Actúo como acompañante, secretaria y ama de llaves, y me encargo de que todo funcione como es debido en su *palazzo* del Canal.

Corso asintió, invitando a su cliente a que siguiera explicándose.

—Hará tres días, el conde salió por la mañana, ya que, según me dijo, tenía una importante reunión en San Marcos. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

—Como secretaria del conde, ¿tenía constancia de esa reunión? —preguntó Corso.

—No, pero no me extrañó. Aunque llevo al día su agenda, él acostumbra a reservarse el derecho de cuadrarla con citas privadas.

—¿En algún momento le dijo de qué iba a tratar la reunión?

Ingrid sacudió la cabeza negativamente.

—¿Sabe de alguien que pueda confirmar la reunión? ¿Un amigo, un socio...?

Ella repitió el mismo movimiento.

—¿Podría estar relacionada con reuniones previas o posteriores que tuviera ese día?

—Lo dudo. Ese día en particular la agenda del conde estaba libre por completo, por lo que debió ser algo de última hora.

—¿En la vida del conde existe alguien por quien deba salir corriendo? ¿Una amiga, una amante..., otro hombre?

—No —respondió ella con rotundidad, pero luego pareció pensarlo mejor—. El conde Uzzi es un hombre entregado al trabajo y a sus negocios. No digo que jamás haya tenido una relación personal, pero, al menos desde que estoy a su servicio, jamás me ha hablado de nadie que sea importante en su vida de la manera en que usted insinúa.

Como respuesta, el detective sonrió, se recostó en su silla y examinó a la androide con detalle. A diferencia de los humanos, un sintético podía fingir cualquier emoción sin ser descubierto, aunque su programación interna se configuraba cada vez mejor para que fueran lo más sinceros posible de forma natural; es decir, para que fueran cada vez más humanos. Además, si una androide requería los servicios de un detective privado, difícilmente sería sospechosa de la desaparición que Ingrid estaba denunciando... a no ser que hubiese algo que no le funcionase como debía en la cabeza.

—Solo por saberlo, ¿a quién le ha notificado la desaparición?

—Cuando comprendí que el conde había desaparecido, debía llevar ya doce horas sin noticias de él. Llamé a la policía e informé a quien me cogió el teléfono.

«Bendita memoria de los robots», pensó el detective.

—Al no obtener ninguna respuesta positiva por su parte, al día siguiente me personifiqué en la comisaría, donde no me creyeron debido a mi... a mi... a mi condición, y me enviaron de vuelta a casa.

—Comprendo.

—Después hablé con los androides de algunos de los socios del conde y...

—¿Me podrá facilitar una lista de nombres de los socios más cercanos? —la interrumpió Corso.

—Por supuesto —respondió Ingrid mientras rebuscaba en su bolso y sacaba un pequeño papel cuidadosamente doblado que le entregó al detective.

«Bendita eficiencia robótica», se dijo Corso mientras desdoblaba el papel y reconocía alguno de los nombres allí anotados. «La lista no es demasiado extensa», pensó y se guardó la nota bien plegada en el bolsillo de su camisa.

—¿Sacó algo de ellos? —preguntó volviendo a fijar su mirada en los ojos de la androide.

Ella sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No, ninguno de ellos sabía nada del conde.

—¿Y de sus amos? —Nunca le había gustado aquella palabra, pero así era el mundo en el que vivían.

—No pregunté...

—¿Del mismo modo que ellos no preguntarían nada al conde, cierto? —preguntó el detective alzando una ceja.

Ingrid comprendió que Corso había encontrado un punto flaco de su condición de androide.

—Cierto. —Calló, pero después afirmo—: Pero tampoco se me ocurre ningún motivo para que alguno de ellos quiera hacerlo desaparecer.

—Ninguno de los sirvientes, ¿no?

—Exactamente... Debería haber preguntado también a sus señores y, tal vez...

—No se preocupe —la cortó Corso—, para eso a venido a verme... ¿o hubo alguien más antes que yo? —preguntó con malicia.

Ella sonrió incómoda

—Bueno, me puse en contacto con diversos detectives, pero todos rechazaron ayudarme creyendo que, como ellos dijeron, «se me había soltado un tornillo».

—Menudos imbéciles.

—Eso mismo pensaba yo de todos los detectives hasta hace un instante —confesó Ingrid con una sonrisa y un brillo en los ojos dedicado exclusivamente a Corso.

«¿Está flirteando conmigo?», se preguntó el detective.

—Solo por preguntar, ¿alguno de esos sujetos conocía al conde?

—Que yo supiera no, además, me rechazaron antes de que pudiera hablarles de la desaparición del conde, por lo que...

—Por lo que no sabían quien era usted.

Ingrid asintió.

—Supongo.

Corso se rascó la barbilla mientras fruncía los labios.

—¿Tiene algo que hacer?

—No, ¿por qué? —preguntó ella desconcertada.

—¿Tiene una foto del conde?

Ella rebuscó en su bolso con manos nerviosas, parecía una androide eficiente

y preparada, seguro que había cogido una antes de salir del *palazzo* para podérsela entregar a quien quisiera indagar en la desaparición de un noble. Al cabo de unos segundos, le entregó una fotografía impecablemente nueva, era como si la hubiese sacado de su marco apenas unos días antes.

«Es muy leal al conde», se dijo Corso.

—¿Por qué la necesita? —insistió ella.

Corso se levantó, se puso su sombrero y cogió la gabardina beis del colgador que había junto a la ventana.

—Para poder seguir adelante con el caso debo ir a hacer unas cuantas preguntas y averiguar qué hizo su conde después de salir de casa —explicó el detective.

—Entonces, ¿acepta el encargo?

—Por supuesto, el dinero es igual de bueno venga de un humano o de un androide —respondió guiñándole un ojo.

—¡Es cierto! ¿Y sus honorarios? —preguntó ella preocupada, haciendo ademán de levantarse.

—No se apure, ya lo hablaremos más adelante —la tranquilizó Corso, aunque ella no dejó de levantarse.

—Todavía no me ha respondido —inquirió un poco molesta.

—¿A qué?

—¿Por qué me ha preguntado si tengo algo que hacer? —insistió.

—Por si quiere acompañarme —respondió el detective abriendo la puerta de su despacho, e invitó a la androide para que le precediera al abandonar su oficina.

2

La Venecia de los años cuarenta era una ciudad de contrastes. Tanto te encontrabas un camello en cada esquina trapicheando con la última droga sintética llegada desde China, o podías cruzarte con toda una colección de excéntricos ricachones que vivían en los antiguos palacios del Gran Canal: nobles, empresarios, famosos venidos a más..., todos ellos gente con pretensiones de ascender en la escala social. Aunque Corso pudiera conocer a la mitad de los delincuentes de la ciudad, no tenía ni la más remota idea de quién era el conde Uzzi ni de qué tipo de «rico» se trataba.

—Dígame, Ingrid, ¿a qué dedicaba su tiempo el conde?

La androide, que paseaba a su lado por las estrechas calles de Venecia, lo miró de reojo; no de forma desconfiada, sino más bien sorprendida por el auténtico interés que demostraba el detective por su caso.

—El conde es un hombre discreto, la riqueza le viene de familia. Se podría decir que es uno de los pocos viejos venecianos que sigue aquí. El último de su familia.

—¿No tiene hijos?

Ella sacudió la cabeza negativamente antes de proseguir con su explicación:

—Aunque hubiera podido tumbarse en su *palazzo* y no mover ni un dedo gracias a la increíble fortuna que heredó, quiso dedicarse a los negocios y a las inversiones bursátiles.

—¿A pesar de la crisis? —la interrumpió Corso.

—Lo hizo antes de la guerra, aumentó su patrimonio adquiriendo gran cantidad de acciones en las más importantes empresas del mundo; y cuando la gente decidió dejar de pelearse, él optó por invertir en restaurar el mundo.

—¿Un benefactor?

—No, un hombre listo. Mientras todo el mundo parecía estar más ocupado en buscar responsabilidades de la guerra, el conde sacó beneficio de ella sin tener que matar a nadie.

Corso recogió la información y la guardó en su cabeza. El conde Uzzi no era un buen hombre, pero tampoco era malo, simplemente se trataba de un hombre de negocios. No le hizo falta preguntarlo, pero automáticamente pensó en la lista

de «socios» que le había entregado la androide. Aquella media docena de nombres tal vez no le ayudarían a resolver el caso, pero sí a arrojar luz sobre quién era realmente el conde Uzzi. No debía descartar aquella línea de investigación, a no ser que se le presentara en bandeja de plata una pista más importante.

Sin embargo, por ahora, quería saber hasta dónde conocía Ingrid a su jefe.

—¿Sabe de alguien que quisiera verlo muerto?

Ingrid pegó un respingo al oír la última palabra y se detuvo mirando fijamente a Corso.

—¿Usted cree que... que... está...?

—¿Muerto?

Ella asintió pesadamente mientras se agarraba a su bolso como si fuera un escudo que pudiera protegerla del mundo cruel en el que vivía.

—Me temo que es una posibilidad. Si hace tres días que ha desaparecido y no ha tenido noticias de él ni nadie ha reclamado un rescate, es muy probable que el conde Uzzi haya pasado a mejor vida —dijo el detective con voz calmada mientras sujetaba a la androide por los brazos.

—¿Eso quiere decir que el dinero no tiene nada que ver? —preguntó ella entre sollozos.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si había alguien que se beneficiara de su muerte. ¿Lo había?

Los sollozos de Ingrid se detuvieron en seco y, a través de su rostro, Corso pudo ver cómo su mente trabajaba al cien por cien para responder. Un ser humano cualquiera hubiera negado enseguida, o asentido, no importaba, un androide tendía a dar una respuesta que fuera útil.

—No, creo que no. —Ahí estaba de nuevo esa falsa humanidad de Ingrid; si ella lo creía eso significaba que, al menos, no lo sabía—. No sé qué pone en el testamento, pero, como le he dicho antes, no tenía hijos y tampoco ningún tipo de heredero.

Corso lo anotó mentalmente mientras asentía.

Sin decir nada, ambos reemprendieron la marcha; la androide siguiendo a Corso, y el detective empezando a tejer una red de posibilidades en su cabeza. Los dos primeros pasos eran sencillos en un caso como aquel.

—¿Adónde vamos, Val?

La mayoría lo conocían como Corso, muy pocos se dirigían a él por su nombre, Valentine, y aún menos por aquel diminutivo, pero esas tres letras pronunciados por los sugerentes labios de la androide lo descolocaron.

«Es una clienta, señor detective», se recordó y regresó al presente.

—A San Marcos.

—¿Para?

—Para averiguar si el conde Uzzi realmente estuvo allí hace tres días.

En apenas unos minutos, la extraña pareja de cliente y detective aparecieron en la plaza de San Marcos por debajo de la Torre dell’Orologio. A pesar de la guerra, la sobrepoblación y la degeneración que había sufrido la ciudad de los canales, aquella plaza era uno de los pocos rincones que aún conservaban un aspecto relativamente parecido al de sus mejores momentos. Las chabolas de los inmigrantes no se habían instalado allí, no había locales ocupados ilegalmente, los ancestrales bares seguían funcionando y sus terrazas continuaban siendo lugares de reunión de la *jet set* de la ciudad, de los pocos viajeros que se detenían en ella y, en aquel momento, de Corso e Ingrid.

Como si lo hiciera cada día, Corso apartó la silla de una mesa para invitar a la androide a sentarse y se acomodó en el asiento que había frente a ella, todo a la vez que llamaba la atención de un camarero.

—¿Qué desean los señores? —preguntó el hombre por debajo de un ridículo bigotito que siempre estaría pasado de moda.

—¿Un café? —le preguntó el detective a Ingrid. Esta asintió y, dirigiéndose al camarero, Corso añadió—: En ese caso, dos cafés, uno de ellos con un chorrito de *grappa*.

Cuando el camarero los dejó solos, Ingrid le preguntó:

—¿Así es como un detective hace su trabajo?

—Siempre que quiere impresionar a una señorita —respondió él.

Ella se sonrojó y ocultó su sonrisa tras unos finos y gráciles dedos.

«¿Se puede saber qué haces, Corso? ¿Ahora te sientes atraído por las clientas... sintéticas?», se reprochó el detective viendo como la poca ética laboral que tenía se iba al garete por culpa de la bella Ingrid.

—Espero no tener que pagarle solo para ir a tomar un café —bromeó ella.

Como respuesta, Corso sonrió y le guiñó un ojo, justo cuando el camarero

aparecía junto a ellos con las dos tazas.

—Un café solo para la señora y uno con un poco de *grappa* para el señor — anunció el hombre del bigotito mientras liberaba el peso de su bandeja y lo dejaba sobre la mesa.

Pero, cuando iba a retirarse, el detective lo detuvo sacando la fotografía del conde Uzzi y casi estampándosela en la nariz.

—¿Ha visto a este hombre en la última semana?

El hombre, sorprendido por el gesto, titubeó, pero al final negó con la cabeza, aunque dijo:

—Si... si me permite la fotografía, lo preguntaré a mis compañeros.

Las cosas habían cambiado. Solo veinte años antes el camarero hubiera dicho que no sin tan siquiera haber mirado la fotografía, y hubiera corrido a recoger la propina de otra mesa. Pero en 2049 el mundo era diferente y un camarero sabía que, si eludía una pregunta como aquella, podía acabar con sus dientes esparcidos por la plaza. Eran tiempos duros.

Desde su mesa, mientras tomaban sus respectivos cafés, Corso e Ingrid vieron cómo el camarero se acercaba a todos y cada uno de sus compañeros, ataviados con americanas blancas, y cómo iban negando con la cabeza o se encogían de hombros; así que ninguno de los dos se sorprendió cuando el hombre del bigotito se acercó a ellos, les devolvió la fotografía y les dijo que nadie recordaba haber visto al conde Uzzi.

Tras agradecerle su labor, pagaron la cuenta y dejaron una propina.

—Y ahora, ¿cuál es su plan, Val? —preguntó Ingrid.

El detective se giró y miró con una ceja alzada a la chica, que parecía más interesada en ayudarlo a encontrar a su amo.

—Bueno, este es uno de los bares..., faltan un cuantos más.

—¿Pretende invitarme a café en todos ellos?

Corso sonrió y respondió:

—Puede.

Sin embargo, no se detuvieron más tiempo en el resto de las terrazas de la plaza que el suficiente para que Ingrid se acomodara en una de las mesas y pidiera algo de beber. Él, mientras tanto, de forma directa y decidida, persiguió a los camareros no solo de aquel segundo bar, sino de todos los que había en San Marcos, con la fotografía en la mano.

Pasados unos minutos, Ingrid lo perdió de vista. Al principio no se preocupó, se suponía que estaba haciendo su trabajo, pero cuando no consiguió localizarlo un sentimiento de abandono —absolutamente falso y generado por su *software*— se apoderó de ella. Por segunda vez aquella semana tuvo la sensación de que las personas en las que confiaba —y de las que, en parte, dependía— desaparecían de su vida y la dejaban sola, sin saber cómo seguir adelante con su vida de servidumbre legalizada.

Sin embargo, cuando estaba a punto de encogerse en su silla, agarrarse a su bolso y empezar a llorar, algo se posó sobre su hombro y la sobresaltó... Era una mano.

—No ha habido suerte —dijo a su espalda la voz de Corso, el propietario de aquella mano que la había asustado y cuyo contacto, ahora, le apaciguaba los nervios. El detective, poniéndose frente a ella, le preguntó—: ¿La he asustado?

Al principio Ingrid no respondió, pero un instante después, cuando regresó a la realidad, dijo:

—No, no, simplemente estaba pensando en mis cosas.

Corso dudó de sus palabras, pero no insistió.

—En tal caso, como clienta mía que es, le informo de que no he tenido éxito con los camareros.

—¿Eso quiere decir que el conde no estuvo en San Marcos?

—Puede que no. O tal vez, simplemente, se reunió aquí con quien fuera, pero no se sentaron en ningún café.

Después de aquellas palabras, el rostro de Ingrid mostró algo que Corso todavía no había visto: confusión.

—No se preocupe, la investigación no ha terminado.

La chica sintética lo observó agradecida por el entusiasmo que estaba poniendo en el caso.

—¿Siguiente parada? —preguntó levantándose de su asiento un poco más animada.

—La oficina de los *carabinieri*.

3

Corso pagó la cuenta de la bebida de Ingrid y le ofreció su brazo derecho en jarra, y ella se asió como si siempre lo hubiera hecho. La pareja abandonó la plaza por el extremo en el que se veía la desembocadura del Gran Canal, en el de Giudecca, con la Punta della Dogana al fondo y las movidas aguas de la laguna zarandeando las embarcaciones de todo tipo que las surcaban.

—¿Sabe que aquí, antes de la guerra, había dos columnas? —dijo Corso señalando un lugar entre el Palazzo Ducale y la Biblioteca Marciana.

Ingrid negó con la cabeza.

—Pues verás, estaban dedicadas a San Marcos y a San Teodoro, y se decía que traía mala suerte pasar entre ellas. —Hizo una pausa y miró a su acompañante con una sonrisa en los labios—. Como ya no están, no sé si la maldición seguirá funcionando, pero, por si acaso, voy a invitarla a pasar por la izquierda, hacia la Riva degli Schiavoni, para dar un agradable paseo hasta la comisaría a orillas de los canales.

La androide no respondió, no estaba programada para dar respuestas sin sentido o sin motivo, pero el hecho de que no acelerara el paso o se deshiciera del brazo del detective le indicó a este que agradecía la compañía, la cordialidad y, sobre todo, el respeto que le estaba mostrando.

«Al fin y al cabo, qué importa si nació o fue creada —se dijo Corso—. Es guapa, necesita mi ayuda y pretende pagar la factura, ¿qué más puede pedir un detective como yo?».

Pero cuando empezaba a disfrutar de aquel breve momento de calma y belleza, tan extraño en su vida, un grito de la androide y la sacudida que sintió en el brazo lo interrumpieron.

Ingrid agarraba su bolso con fuerza mientras, al otro extremo de la correa, un chaval que no debía tener más de dieciséis o diecisiete años pretendía llevárselo.

—¡Suéltalo, chico! —exclamó Corso.

El chaval lo miró con odio y lanzó una carcajada sin dejar de tirar del bolso de Ingrid.

Sin pensárselo ni un segundo, el detective se apartó de la androide y, con un rápido movimiento, se acercó al ladrón y le propinó un contundente derechazo en

la mandíbula que lo tumbó y lo obligó a soltar el bolso.

Corso se giró hacia Ingrid que, asustada, continuaba agarrada a su bolso como si fuera su posesión más preciada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí..., sí... —empezó a responder ella titubeante, y enseguida, con los ojos abiertos como platos, gritó—: ¡Cuidado!

Antes de girarse, el detective ya supo lo que le esperaba al oír el chasquido de carga de un arma.

—¿Quién te crees que eres, imbécil?

Furioso, el ladrón le apuntaba con un potente revólver —de los de la vieja escuela— en su mano derecha, mientras con la izquierda se frotaba la zona en la que Corso lo había golpeado.

—Alguien más listo que tú, chico.

—¡Deja de llamarme chico!

—¿Por? No eres más que un chaval que no sabe ni empuñar un arma.

El ladrón alzó un poco más la pistola y la acercó a Corso.

En ocasiones como aquella, el detective se arrepentía de una costumbre muy peculiar suya: a pesar de su trabajo, nunca llevaba un arma, las detestaba tras haberse aburrido de usarlas durante la guerra. Además, las nuevas leyes internacionales —esas que se promulgan cada vez que surge un gran conflicto y que, a la larga, acaban siendo papel mojado— las habían prohibido. Pero en aquellas calles todo era distinto, y cualquier sabandija de tres al cuarto podía hacerse con una, aunque después no supiera usarla, como era el caso.

—¿Seguro que quieres comprobar si la sé usar?

Corso se encogió de hombros como si siguiera sin creérselo. Ante aquel gesto, el ladrón estalló y con ello lo hicieron también el gatillo, el percutor y el cartucho que había en el interior del tambor, provocando que una bala saliera despedida hacia el cielo. No, no había sido una advertencia, la potencia del disparo, además de causar una explosión tan grande que hizo retumbar los cristales del Palazzo Ducale, provocó tal retroceso que el endeble brazo del ladrón no pudo contener el arma, y el tiro se desvió varios metros por encima de la cabeza de Corso, su objetivo.

Aunque un poco aturdido por la explosión, el detective aprovechó la ocasión, agarró al ladrón por el brazo derecho y volvió a golpearlo en la mandíbula. El chico

quedó inconsciente, colgando de la mano de Corso, y el revólver cayó al suelo con un sonido metálico.

—Menudo estúpido —masculló el detective negando con la cabeza a la vez que lo soltaba y recogía el arma.

Después, miró hacia el lugar en el que había dejado a Ingrid y vio cómo la androide lo observaba asustada.

—¿Está bien? —le preguntó acercándose.

Ella asintió con fuerza, con los nervios a flor de piel.

—Por si le interesa, yo también.

Ingrid sonrió ante la ocurrencia.

—Me... me alegro —dijo todavía temblando; entonces, frunció el ceño y lo miró apretando los labios—. ¿No lleva arma?

—No, nunca.

—¿Ninguna?

Corso sacudió la cabeza negativamente.

—No me gustan.

—¿Y si tiene que protegerse o proteger a alguien?

Él le mostró las manos.

—¿Acaso he tenido problemas ahora?

—Cuestión de suerte —replicó ella.

Corso gruñó, pero no pudo protestar, ya que unos gritos a su espalda lo interrumpieron.

—¡Suelte el arma!

Eran los *carabinieri*, que se habían presentado en la escena del «crimen» al oír el disparo empuñando las armas que ellos sí estaban autorizados a usar en caso de necesidad.

—No es mía —respondió Corso—, es de ese crío.

El agente más cercano giró la cabeza hacia el ladrón, que permanecía en el suelo inconsciente.

—¡Suéltela! —repitió el *carabiniere*.

—Vale, vale —respondió, y dejó en el suelo la pistola del ladrón—. Pero soy de los vuestros.

«Menuda estupidez acabas de soltar, Corso», se reprochó enseguida. Sin embargo, para su sorpresa, funcionó. Detrás de los agentes que intentaban

averiguar lo que había sucedido, dando gritos y apuntando con sus armas reglamentarias, apareció un hombre de paisano que cualquiera hubiera pensado que era un detective si no fuera porque lucía en su solapa la placa del cuerpo.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo el comisario frotándose la calva como si se llevara el cabello hacia atrás—. Mira a quién tenemos aquí, Valentine Corso.

—El mismo que viste y calza.

El hombre sonrió por debajo de un espeso mostacho repleto de canas que contrastaba con sus sonrosadas y rellenas mejillas, a juego con su papada y una enorme panza que parecía a punto de reventar la camisa azul cielo bajo su traje gris desgastado.

—Bajad las armas, chicos, es de los buenos... —ordenó dirigiéndose a sus hombres—. Al menos, por ahora.

Corso sonrió y se giró hacia Ingrid.

—Puede que tuviera razón, la suerte nos acompaña.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no tendremos que esperar a que los *carabinieri* quieran atendernos —apuntó soltando una carcajada que desconcertó a todos los presentes salvo a la delicada androide, que empezaba a relajarse después de aquella escena de cine negro que acababa de vivir.

En su despacho, el cuerpo del comisario Marcello Mastroianni —lo del nombre era simple casualidad, aunque en su familia se entestaba en afirmaban que eran descendientes del famoso actor—, aunque no era muy alto, ocupaba gran parte de la estancia. Incluso aunque estaba recostado en una silla que, a cada movimiento, emitía un crujido estremecedor y peligroso, nada extraño en una construcción casi tan antigua como la ciudad.

El edificio que ocupaba la sede de los *carabinieri* de Venecia estaba tan olvidado por las reformas como el que albergaba el despacho de Corso. Y aunque algunos pudieran decir que conservaba parte del encanto de antes de la guerra, la mayoría de los que allí trabajaban lo calificaban como viejo.

Al otro lado del escritorio de madera del comisario, Corso e Ingrid ocupaban sendas sillas a la espera de que aquel hombre decidiera qué iba a hacer con ellos.

Ya le habían explicado el incidente con el ladrón y Corso sabía que en los próximos meses le llamarían a testificar al juzgado. El detective no había dudado en aprovechar la ocasión para relatarle a Mastroianni el caso de la androide.

—Si eres tan amable, por favor, Corso, vuélveme a contar para qué querías hablar con nosotros.

—¿De verdad? —protestó el detective.

El comisario alzó una ceja, como queriendo decir: «No te la juegues, Corso, o te empapelo por lo del ladrón».

—Está bien, está bien —respondió Corso, se aclaró la garganta y volvió a detallar todo lo que sabía sobre el caso Uzzi..., siempre quedaba mejor llamarlo así frente a la policía, resultaba más profesional.

Mientras hablaba, observó que cada vez que mencionaba a Ingrid, el policía la miraba con cierto reparo. Por un lado, se sentía atraído por la belleza de aquella joven, pero el sentimiento se veía corrompido al saber que la chica no era real, que no era más que el resultado de una cadena de montaje.

Cuando terminó por segunda vez la narración de los hechos, Mastroianni se quedó observándolo, pero no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó Corso pasados unos segundos en los que el despacho se mantuvo en absoluto silencio.

Mastroianni dirigió sus inquisitivas pupilas grises hacia Ingrid, y después las hizo volver para clavarlas sobre Corso.

—¿De qué manera pretendes que te ayude, Valentine? Es un caso menor. Un rico que desaparece para su androide. Disculpe, esto..., ¿señorita? —dijo mirando a Ingrid sin saber muy bien de qué manera comportarse frente a ella y, regresando a Corso, prosiguió—: Como has podido ver, se atreven a robar incluso a pocos metros de nosotros. Estamos perdiendo la ciudad. —El tono alicaído era más que patente—. Además, el conde Uzzi podría estar en cualquier sitio. En Chamonix, Nueva York o, incluso, ahogado en los canales.

Ingrid silenció un grito de alarma por la respuesta de Mastroianni, en cambio, Corso sonrió triunfante.

—Precisamente en eso puede ayudarnos.

—¿En qué? —preguntó el comisario.

—¿Cuántos cadáveres han sacado de los canales durante la última semana?

—Sabes que la probabilidad de que tu «conde» sea uno de ellos es

prácticamente ínfima, ¿verdad? —lo advirtió el policía.

—Por probar que no quede —respondió Corso—. ¿Podría invitarnos a visitar la morgue?

Mastroianni se rascó la papada mientras alzaba una ceja mirando al detective.

—Señorita Ingrid, ¿se ve capaz de identificar un cuerpo? —le preguntó a la androide intentando sonar lo más educado posible.

Ella asintió tímidamente.

4

Un cuarto de hora más tarde, Ingrid se dirigía a la morgue, situada en una de las pequeñas islas que flotaban en la laguna. No iba sola, la acompañaban el detective, que ya casi actuaba como guardaespaldas, y el comisario en persona. Lo que estaba a punto de suceder era, como poco, fuera de lo común; no todos los días se permitía a una androide ver la colección de cadáveres de Venecia, y Mastroianni había decidido que era mejor que él mismo se hiciera cargo del asunto. No quería que un agente inexperto complicara las cosas con la oficina del forense.

El aire cálido y húmedo del agua los golpeaba mientras el vaivén de la lancha de policía los sacudía arriba y abajo.

«Hará mal tiempo», pensó Corso, y no se equivocó, ya que, a los pocos segundos, las nubes grises que tapaban el sol empezaron a desprender pequeñas gotas que limpiaron el polvo de la lancha dejando un simpático estampado moteado.

—Un mal día para visitar la morgue, señorita —apuntó el comisario.

—¿Por qué? —preguntó Ingrid nerviosa.

—Una tormenta puede que nos impida regresar a Venecia.

Aunque la androide no tenía saliva y, en todo caso, tragarla no le hubiera supuesto ningún tipo de alivio psicológico, Corso pudo oír cómo engullía sus fluidos corporales —fueran del tipo que fueran— claramente nerviosa. Nadie querría pasar una noche en la morgue.

La lancha atracó en un pequeño embarcadero de la isla. Como las del resto de la ciudad, formada por falsas islas construidas por el hombre, aquella también era fruto de la necesidad de espacio de las últimas décadas. A grandes rasgos, se trataba de una enorme balsa flotante que, gracias a un complejo sistema de drenaje, pesos y flotadores, permanecía siempre en el mismo sitio, como una boya gigante.

—Apenas se mueve —afirmó Ingrid sorprendida.

—Milagros de la tecnología —fue cuanto respondió el comisario sin darle más importancia.

Los tres recién llegados recorrieron el jardín que presidía la entrada del

edificio que, aun siendo de una sola planta, se levantaba orgulloso frente a ellos. Además de albergar la morgue y la oficina del forense, también contaba con una facultad de medicina y otra de biología, que siniestramente parecían vinculadas a la muerte, así como con un buen número de laboratorios especializados en investigar las pruebas que la policía recogía en las escenas de todo tipo de crímenes. En resumidas cuentas, aquella isla era la paradoja perfecta entre la vida y la muerte.

En unos minutos, se adentraron en unos fríos pasillos de baldosas blancas; sus vestimentas oscuras destacaban frente a las batas y los monos de colores pastel claro que lucían los que allí trabajaban.

Tras unos minutos girando en esquinas y cruzando puertas en las que pudieron leer carteles del estilo de «solo personal autorizado», Mastroianni se recostó en un mostrador, como si quisiera emular a su tocayo actor, para seducir a quien fuera que hubiera tras él.

—Buenas tardes, me gustaría ver al doctor Mario Perracchio.

La chica que había allí sentada lo observó un tanto desconcertada, pero antes de que pudiera responder, detrás del mostrador apareció un hombre aparentemente mayor, con largas canas peinadas hacia atrás y una sonrisa que brillaba jovialmente bajo una nariz de patata y gafas de media luna.

—¿Qué quieres ahora, Marcello? —preguntó cambiando completamente el gesto.

—Un favor, Mario, uno pequeñito.

—¿Dejarás de tocarme los huevos durante una buena temporada si lo hago? —añadió con desgana el que resultó ser el forense en persona.

—Sí.

—¿Aunque mi morgue esté hasta arriba de muertos por disparos?

Mastroianni asintió con firmeza.

—Está bien, está bien —respondió el forense y, fingiendo una sonrisa de complacencia, casi como la del camarero del bigotito, miró de nuevo al comisario y le preguntó—: ¿Qué se le antoja esta vez al gran Marcello Mastroianni?

—Quiero llevar de visita al depósito a esta feliz pareja.

Perracchio miró a Corso e Ingrid con gesto genuinamente sorprendido.

—Quieres pedirle que se case contigo hasta que la muerte os separe, ¿no? —bromeó, y como ninguno de ellos respondió, él mismo apuntó—: Qué romántico.

Refunfuñando algo sobre las rarezas de la juventud, Perracchio salió de detrás del mostrador e hizo un gesto para que los tres lo siguieran.

—Si cree que no podrá hacerlo, dígamelo —susurró Corso al oído de la androide—. Yo podré identificarlo con la fotografía.

—No, debo hacerlo —respondió ella decidida mientras agarraba con fuerza la correa de su bolso, más fuerte incluso que cuando el ladrón quiso arrebatárselo.

Guiados por el doctor Perracchio, se adentraron en las entrañas de aquella bestia en la que reposaban los cuerpos sin vida de los fallecidos sin nombre, los que, con familia o sin ella, habían traspasado solos y perdidos en las traicioneras aguas de los canales.

Tras unos minutos que se hicieron eternos y unos pasillos que les parecieron infinitos, los cuatro llegaron a una puerta en la que se podía leer: «Depósito». Perracchio la abrió y entró, sin permitir antes el paso a sus invitados.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó con aquel tono jocosos que no había abandonado desde que Mastroianni lo saludara.

—Cadáveres encontrados en los canales durante la última semana.

El forense asintió y se dirigió hacia la única mesa que había en la fría sala. Cogió una carpeta que descansaba sobre ella para hojearla como quien lee una revista en la sala de espera de la consulta del dentista.

—De esos tenemos tres ejemplares —anunció Perracchio—. Una mujer, a todas luces prostituta, que fue pescada en la parte este de Castello; un hombre atorado en un pequeño canal de Cannaregio; y otro macho que flotaba no muy lejos de la estación de tren.

Cada vez que anunciaba un cadáver, la piel de Ingrid se tornaba un tono más blanca. La tecnología había avanzado de tal forma que, llegados a ese punto, los androides eran capaces de sentir vértigo, marearse e, incluso, vomitar, como enseguida demostró ella.

—¡Madre de Dios! —exclamó Perracchio—. ¿Es una androide?

Mastroianni y Corso asintieron, pero solo el detective se acercó y la cogió del brazo.

—¿Está bien?

—Es evidente que no, hombre —protestó el forense mirando el estropicio que había en el suelo y pensando en lo pesado que se pondría el equipo de limpieza del edificio.

—Sí..., sí —respondió Ingrid—. Ha sido solo la impresión, pero podré...

Sin dejarle terminar la frase, Corso la condujo fuera del depósito y la acomodó en una silla no muy lejos de la puerta, para regresar al cabo de unos segundos.

—Yo me haré cargo de la identificación.

—Entonces, ¿a quién quieres ver? —le preguntó el forense.

—A los dos hombres.

Perracchio se encogió de hombros y se encaminó hacia la pared que había a su izquierda, llena de puertas metálicas en las que, como sabrá cualquiera que haya visto una serie de policías, descansaban los cuerpos de los difuntos hasta que dejaban de ser asunto del forense para pasar a ser del sepulturero.

—El hombre de la estación de tren —anunció Perracchio, como si estuviera en un concurso de la tele, a la vez que abría la puerta, extraía el cajón con el cuerpo y levantaba la sábana que lo cubría.

Corso se acercó. Aunque no era la primera vez —y no sería la última— que veía un cadáver, aquella imagen no le agradó en absoluto, como le sucedería a la mayoría de los mortales. Sin ir más lejos, el propio Mastroianni había guardado una distancia prudencial. Al fin y al cabo, aquel no era su caso.

El detective sacó la fotografía del interior de su gabardina y la comparó con el rostro hinchado y de tonos azulados que tenía frente a él.

«Cualquier parecido es pura coincidencia», pensó.

—No, no es este —dijo mirando al forense, que automáticamente cubrió de nuevo el cuerpo y cerró el cajón y la puerta.

Perracchio dio unos pasos hacia atrás y, repasando la información que había en el dossier que llevaba en la mano, anunció:

—Y tras la segunda puerta tenemos al hombre que se quedó enganchado a la esquina de un pequeño canal en Cannaregio.

Con el cadáver descubierto frente a sus ojos, Corso no tuvo dudas. Aquel sujeto que se hallaba frente a él como un espectro en el peor de sus momentos y un rictus facial inquietante no era otro que el conde Uzzi.

—Es este —dijo el detective.

—¡Tenemos un ganador, damas y caballeros! —exclamó el forense, llevando su humor negro y un tanto morboso a su extremo más inapropiado.

—Déjate de estupideces, Mario —pidió Mastroianni.

—¿Es algún pariente, hijo?

Corso sacudió la cabeza.

—Es por un caso que estoy investigando.

Entonces Mario frunció el entrecejo sin comprender aquella súbita seriedad, pues estaban entre colegas, pero no añadió nada más y esperó a que Corso diera el primer paso para proseguir con la conversación.

—Concretamente, ¿dónde fue encontrado?

El forense repasó la información del dossier y respondió:

—En la esquina del río Dei Trasti y el de San Alvisè.

—¿La causa de la muerte fue el ahogamiento?

Aunque le sorprendió la pregunta, al ver que Mastroianni, que estaba detrás del detective, asentía, respondió:

—Bien... Aunque por el estado del cuerpo uno podría decir que se ahogó en el canal borracho, drogado o, simplemente, dormido, al hacer un examen más detallado hemos podido determinar que la causa fue la asfixia.

—¿Accidental o forzada? —preguntó Corso, que no dejaba de anotar mentalmente todos los detalles que le daba el forense.

—Forzada —respondió secamente Perracchio, pero, ante la mirada inquisitiva de Corso, decidió explicarse—: Si nos fijamos en el cuello de la víctima, podemos ver que tiene una serie de marcas alrededor del cuello.

—¿Dedos de una mano?

—De dos.

—¿De un hombre?

El forense se encogió de hombros.

—Hoy en día sería difícil determinarlo sin meter la pata. Lo que sí puedo decir es que son dedos finos y pequeños, pero con fuerza suficiente como para no temblar al aplicar presión sobre el cuello de la víctima.

Mastroianni se rascó la barbilla y empezó a opinar:

—Puede que haya sido una mujer muy fuerte, o tal vez un hombre pequeño; también puede que...

Las palabras del comisario fueron interrumpidas por el sonido de la puerta del depósito, que acababa de abrirse abruptamente. Ingrid había vuelto a entrar con el rostro aterrorizado.

—O de una androide —dijo.

Corso, que había sopesado aquella posibilidad, pero prefirió guardársela para

sí —sin saber exactamente por qué motivo—, no pudo evitar acercarse a ella, cogerla de los brazos y preguntarle:

—¿Hay algo que no me has contado? —La cordialidad del «usted» se había perdido por el camino.

—No... no... no lo sé, Val —respondió ella mientras las primeras lágrimas resbalaban por su rostro y las piernas se le doblaban, sin fuerza. Se había desmayado.

5

Cuando Ingrid volvió a abrir los ojos, el terror se apoderó de nuevo de ella. Estaba tumbada en un catre duro e incómodo, rodeada por barrotes; al otro lado, varios *carabinieri* vestidos de uniforme la observaban con recelo.

—Al fin te has despertado —dijo Corso, que en aquel preciso instante hacía acto de presencia en el calabozo del cuerpo de policía de Venecia.

—¿Dónde estoy, Val?

—En el calabozo de los *carabinieri*.

—¿Por?

Él bajó la cabeza y respondió:

—Eres la principal sospechosa de la muerte del conde.

Ingrid se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de pavor.

—Yo... yo no lo hice —dijo entre titubeos.

Corso la miró directamente a los ojos.

—Te creo... No, lo sé. Pero tú misma insinuaste que había podido ser asfixiado por las manos de una androide y después admitiste no saber si había algo más que nos ocultabas.

—¿Nos?

—A mí y a la policía.

—Pero, si hubiera sido yo, no te hubiera pedido que investigaras la desaparición del conde. ¿Por qué debería haberte pedido ayuda?

—Lo sé. —Corso hizo una pausa y, casi a regañadientes, añadió—: Pero todo el mundo sabe que, con un buen formateo por parte de un experto en *software* robótico, se pueden borrar los recuerdos de una androide.

Al oír la explicación del detective, Ingrid se encogió subiendo los pies sobre la cama y abrazando sus piernas.

—¿Seguro que no recuerdas nada?

Ella sacudió la cabeza. El sistema de lógica interna de Ingrid, ante las avasalladoras evidencias que le daba Corso, había empezado a colapsar: no era capaz de encajar la realidad que ella creía cierta y la que recibía de los estímulos externos.

Aunque desconocía el funcionamiento interno de la androide, al detective no

se le escapó el gesto de miedo que había en el rostro de Ingrid, así que hizo lo único que podía hacer en ese momento.

—No te preocupes —la tranquilizó—, resolveré el caso.

—¿De verdad? —preguntó ella alzando la cabeza de nuevo y anhelando que el humano la estrechara entre sus brazos. Pero los barrotes lo impedían.

—Sí, pero para ello aún tienes que ayudarme, ¿de acuerdo? —Ella asintió con el rostro enrojecido por el llanto—. Muy bien, entonces, ¿conoces algún sitio en el que el conde pudiera pasar una noche que no fuera su *palazzo*? ¿Dónde pudiera esconderse?

Ingrid negó con la cabeza.

—¿Eso significa que no existe o que tú no lo sabes?

Llegados a ese punto, esa pequeña diferencia podía implicar muchas cosas. Ella iba a sacudir de nuevo la cabeza negativamente, pero se detuvo un instante. Una idea afloró a su mente.

—Yo no lo conozco, no lo sé...

Su voz se fue apagando a la vez que se escondía en sí misma, ocultando el rostro entre sus rodillas, arrinconándose como podía en aquella incómoda cama, en ese inhóspito lugar.

Corso no pudo evitar oírla sollozar.

—Te lo he dicho, Ingrid, voy a resolver este caso.

Ella no reaccionó.

El detective dio la espalda a su cliente, se despidió con un gesto de cabeza de los guardias y salió al exterior. El aire húmedo y fresco de la tarde veneciana le llenó los pulmones y respiró hondo. Debía pensar, los acontecimientos se habían precipitado. Todo había sucedido demasiado rápido. Eso era algo bueno cuando eras un *carabiniere* que quería sacarse de encima un caso, pero su olfato de sabueso le decía que algo olía mal, todo había sido demasiado sencillo: presentación del caso, hallazgo del cuerpo y captura de la principal sospechosa en medio día.

«Demasiado simple», se dijo mientras andaba con paso firme pero sin un destino en mente.

Es cierto que él había tenido más facilidad para encauzar el rastro del conde gracias a sus contactos que los habían llevado rápidamente hasta la morgue, pero seguían faltando varios eslabones de aquella cadena. ¿Qué había sucedido entre

que el conde se había despedido de Ingrid hasta que su cuerpo había sido hallado en los canales? ¿Qué podía explicar lo que había sucedido entre esos dos momentos? O, lo que era más interesante: ¿quién podía explicarlo?

De repente, los pensamientos del detective se vieron truncados por una voz rasposa, gastada por el tiempo, el tabaco, el alcohol y, muy probablemente, las drogas.

—Cuidado, no vayas a pasar por el medio.

Era un mendigo que pedía sentado en el suelo y que lo observaba con una mirada turbia.

—¿Qué? —preguntó Corso por inercia.

—No pases por el medio... de las columnas —respondió el hombre a través de su espesa barba gris y sucia—. ¿O no le has contado eso a la chica?

Corso regresó al presente, volvía a estar en San Marcos, apenas un metro de pasar con los vestigios de las torres de San Marcos y San Teodoro.

—Gra-Gracias, supongo —dijo Corso desconcertado por que un mendigo lo hubiera interpelado con esa advertencia.

El hombre sonrió mostrando una dentadura amarillenta y en la que faltaban piezas.

—Antes te he visto enfrentándote a ese ladrón.

Corso lo interrogó con la mirada.

—Eres un tipo duro... Esta ciudad necesitaría a más de uno como tú.

Sin saber exactamente por qué, Corso le lanzó una pregunta guiado más por su instinto que por la razón.

—¿Sueles ver muchas cosas?

—Claro, sobre todo porque nadie suele verme a mí. —La ironía se mezcló con la autocompasión en las palabras del mendigo.

—¿Y siempre estás aquí?

—No, sacaría más bien poco si no me moviera —espetó el hombre como si fuera algo evidente—, Venecia es demasiado pequeña para desaprovechar el día en un solo lugar.

—Y en San Marcos, ¿cerca de las terrazas de los bares?

El hombre soltó una carcajada.

—Claro que sí, pero es un lugar en el que el éxito entraña el peligro.

—¿Por?

—Por si te pillan —sentenció—. Por un lado puedes sacar un buen pellizco de algún ricachón con ganas de sentirse mejor ayudando al prójimo, pero si los camareros se fijan demasiado en que andas por ahí, te echan a patadas.

Corso supo que tenía al mendigo lo suficientemente cocido para que pudiera darle la información que él necesitaba. A pesar de ser desagradables, eran personas solitarias y siempre agradecían charlar, aunque fuera con un extraño que le hiciera preguntas un tanto peculiares.

—Y hace tres días, al mediodía, ¿estabas allí?

—¿Hace tres días? —repitió el mendigo.

Corso asintió.

—Puede —respondió el hombre sonriendo de nuevo mostrándole toda la dentadura... o lo que quedaba de ella.

Corso compartió el gesto y metió la mano en el bolsillo, del que extrajo una pinza que sostenía algunos billetes, sobre todo nuevas liras italianas, pero también algunos dólares.

—Sí, estaba allí.

El detective le dio uno de diez mil liras.

—Si respondes correctamente a la siguiente pregunta, serán diez dólares.

El hombre asintió.

Con la mano libre, Corso metió la mano en el bolsillo interior de su gabardina y sacó la fotografía del conde que le había dado Ingrid.

—¿Viste a este hombre?

El mendigo cogió la foto con unos dedos que no habían visto el jabón en años y la estudió detenidamente. Los segundos que duró ese examen se eternizaron para Corso, por lo que cuando el hombre le devolvió la foto, el tiempo le pareció que se aceleraba.

—¿Y bien? —lo interrogó el detective.

—Sí, lo vi, hacia mediodía.

Corso se guardó la foto y separó un billete de diez dólares de la pinza, el otro se relamió.

—¿Solo?

—Al principio, sí... Se paseó por entre las terrazas mirando a todo el mundo, estaba claro que buscaba a alguien.

El hombre alargó las manos para coger el billete, pero Corso se hizo el

remolón.

—Has dicho al principio, ¿y después?

El mendigo frunció la mirada, Corso estaba tensando la cuerda de su paciencia como estaba pudiendo.

—Al cabo de un rato, no se cuanto, no tengo reloj, encontró a quién buscaba y se fueron juntos de la plaza, no los volví a ver.

Corso le entregó el billete y el hombre lo acarició pensando en que mal vicio se lo podía gastar.

Pero el detective tenía una última pregunta que disparar.

—¿Se fue con una mujer?

Su mente seguía pensando en una sospechosa de un perfil parecido al de Ingrid, alguien que hubiese podido asfixiarlo con las manos.

—No, que va, era un hombre, un tipo elegante, otro ricachón. —El mendigo entrecerró los ojos, haciendo un esfuerzo por recordar el aspecto de la cita de Uzzi—. Sí, delgado, alto, bien afeitado, parecían amigos, se estrecharon las manos y se dieron un abrazo, después desaparecieron de mi vista.

Corso se sorprendió, eso le descuadraba la imagen mental que se había hecho de ese caso, pero, al menos, era algo a lo que asirse para seguir adelante. Quiso agradecerle las respuestas a ese hombre, pero el mendigo ya había recogido sus bártulos y se alejaba hacia el sur, en busca de algún sitio en el que malgastar el dinero que acababa de ganar.

Corso no pudo evitar susurrar con amargura: «Menuda mierda de ciudad».

Pero no tenía tiempo para compadecerse de una de las ciudades más bellas del mundo que se había degradado a toda prisa a causa de la guerra, porque, desafortunadamente, no había sido la única. Todo el mundo se había visto implicado en el conflicto y todos estaban sufriendo las consecuencias, tanto los perdedores como los supuestos vencedores. Daba igual en qué ciudad fueras a vivir, te ibas a encontrar lo mismo en todas partes, salvo que, en Venecia, si te distraías al cruzar una calle, no te atropellaría un coche, sino que caerías en un canal.

La luz exterior apenas alumbraba el interior del despacho de Corso, allí solo

una lámpara sobre su escritorio rompía la oscuridad imperante. No es que el detective quisiera ahorrar en la factura a final de mes, sino que la había encendido cuando había llegado unas horas atrás y así había permanecido hasta aquel momento.

Había llegado a su despacho con un solo pensamiento en mente, conseguir una pista que le permitiera seguir avanzando en la investigación. Estaba tranquilo porque Ingrid no corría peligro, al menos de momento, ya que en el calabozo solo podían llegar a ella los *carabinieri*, nadie más que sospechara de ella y sus indagaciones. La androide había preguntado demasiado en los últimos días como para que no hubiera nadie dispuesto a atar aquel cabo suelto.

«Pobre chica», se dijo, pero de inmediato sacudió la cabeza, la androide lo había distraído desde el primer momento, aquel inocente encanto que poseía hacía que él... que los hombres perdieran la cabeza. Debía centrarse y seguir avanzando.

Después de la conversación con el mendigo, por cuya autenticidad Corso mantenía cierto reparo, tenía claro que tenía que comprobar quién eran las personas que había apuntado Ingrid en aquella lista. Si, por un casual, la descripción que le había dado el mendigo coincidía con alguno, tendría un hilo del que tirar.

Por el momento eran cuatro los nombres que había investigado y cuatro que había descartado, no solo porque las fotos que había encontrado en el ordenador no encajaban con la descripción del mendigo, sino también porque había leído noticias sobre ellos que los situaban lejos de allí. Algo que si bien no los descartaba como implicados en la muerte de Uzzi, si que los eximía de ser el hombre con el que se reunió en San Marcos tres días atrás.

Suspiro hondo y leyó el quinto nombre: Cesare Zucco. Una vez más tenía que lanzar una moneda al aire y esperar que, en aquella ocasión, la suerte estuviera de su parte.

Con rápidos movimientos de sus dedos pulsó los doce caracteres que conformaban el nombre del siguiente sospechoso y esperó que internet —o lo que quedaba de ella después de la guerra— le ofreciera cuantos resultados pudiera. Tras el conflicto, las líneas de comunicación se habían debilitado y la velocidad de respuesta de los ordenadores de principios de siglo se había visto sustituida por algo más rudimentario, algo que los más viejos recordaban de los

inicios de la red global, allá por los noventa...

Un pitido lo devolvió al presente. El ordenador había encontrado algo.

Sus pupilas resiguieron las líneas de texto que se proyectaban en la pantalla. Dio un par de golpecitos en el panel táctil de su ordenador y rastreo más resultados. Todos hablaban de ese tal Cesare Zucco, un hombre de negocios, también dedicado a las inversiones pero siempre enfocado a las nuevas tecnologías, sobre todo, a los androides, siendo propietario, aunque fuera en parte, de varias empresas europeas dedicadas al desarrollo de unidades de alta gama.

«Como Ingrid», pensó el detective frotándose la barbilla antes de coger el vaso con hielo y *whiskey* que tenía a la derecha del ordenador... era la primera botella que había encontrado en la pequeña cocina que había al fondo de aquel piso que le hacía de local y vivienda.

Siguió moviendo el dedo por encima del *trackpad* hasta que dio con las imágenes vinculadas a ese nombre. Había varias en las que se veía a diferentes grupos de hombres frente a *photocalls* con logos de empresas.

«Reuniones y conferencias de ricos», rio Corso.

Pero después en seguida cambio de expresión cuando vio una foto oficial de la empresa principal de Zucco: DroidZ, Inc., con sede en Pádua.

«No me lo puedo creer», pensó Corso a la vez que se prometió ir a buscar el mendigo y darle otra buena propina por ser tan buen fisonomista.

El retrato mostraba a un hombre de poco más de sesenta años, alto, delgado, bien afeitado y con una sonrisa tan ambigua que tras la cual tanto se podía esconder un generoso filántropo como un malvado usurero.

«Increíble», se dijo mientras buscaba el sexto nombre en el ordenador, cuya pantalla le devolvió la imagen de un hombre bajito y orondo, casi una pelota humana, por lo que solo le quedaba Zucco como posible baza a la que jugar si quería resolver ese caso y sacar a Ingrid del calabozo

Echo una rápida mirada al reloj que llevaba en la muñeca. Era tarde, pero todavía era una hora decente para intentar llamar a la puerta de Zucco.

Descolgó el teléfono que había sobre su mesa y marcó el número directo del despacho de Mastroiani, esperaba que este le echara un cable y una voz cansada dijo:

—Mastroianni.

—Corso.

—¿Qué quieres, sabueso? —le espetó el policía.

—Solo una pequeña información.

—¿No la puedes descubrir por ti solo?

—Sí, pero tardaría demasiado y en este caso no puedo perder tiempo...

—La sonrisa de la androide te ha afectado bien, ¿eh?

El policía no había pasado por alto el encanto de Ingrid.

—No, pero creo en su palabra y, por ahora, todavía es mi clienta.

Mastroianni refunfuñó algo incomprensible.

—Necesito una dirección.

—¿Cuál?

—La de Cesare Zucco.

El silencio se apoderó de la línea.

—¿Mastroianni?

—No me jodas, Corso, ¿en serio? ¿La dirección de Zucco?

—Sí, ¿algún problema?

Mastroianni carraspeó.

—Más vale que sea por algo de peso que me pidas esta dirección.

—Lo es.

—Por que si molestas a Zucco o a su gente para pasar el rato, te aseguro que vas estar de mierda hasta el cuello hasta el fin de tus días.

—¿Tan poderoso es?

—No te lo puedes ni imaginar —sentenció Mastroianni.

Corso no dijo nada más, solo espero a que el otro le diera la información y, cuando este lo hubo hecho, solo dijo:

—Ve con cuidado, Corso, no quiero limpiar tus restos del Gran Canal.

El detective no respondió.

—¿Me oyes, sabueso de los cojones?

—Sí, tranquilo, sé cuidarme.

Colgó sin despedirse, cogió sus cosas y salió corriendo hacia la dirección que le había facilitado el policía.

6

Serpenteando por los callejones menos concurridos y evitando los pasajes conflictivos, los largos pasos de Corso lo condujeron en muy poco rato frente a una lujosa mansión en San Polo, que parecía presidir la plaza a la espera que todos los que por allí pasaban se detuvieran a contemplarla. Por lo que había podido leer de Zucco, este «hombre de negocios» no era veneciano, sino que se había trasladado a la ciudad después de la guerra, justo en el momento en que los ricos estaban decidiendo entre Como y la Serenísima para alejarse de las grandes capitales destruidas de Europa. Debían escoger entre un lugar hermoso pero que la guerra había aislado y deteriorado o uno en el que los lujos eran fáciles de conseguir, pero en el que tendrían que lidiar con el crimen... parecía que iba ganando lo segundo.

El detective hubiera podido escoger otra estrategia, ir por la parte de atrás, intentar charlar con algún criado bocazas del que sonsacar información, pero la adrenalina que recorría su cuerpo lo llevó directamente a ir a la puerta principal, como si fuera lo más normal que un hombre cualquiera como él llamara al timbre de alguien como Zucco.

Antes de que pudiera acercarse a menos de dos metros de la puerta, dos hombres vestidos con traje negro y gafas de sol lo interceptaron.

—¿A dónde vas, amigo? —le dijo uno.

A Corso no le gusto como sonaba aquello de «amigo».

—Desearía... Necesitaría hablar con el señor Zucco.

—Si eso fuera tan fácil, aquí habría cola, amigo.

«Y dale con lo de amigo», protestó Corso para sus adentros.

—Lo supongo —dijo poniéndose serio el detective, él también era un tipo duro—, pero tengo un asunto entre manos con el que el señor Zucco me podría echar una mano.

Los dos hombres se miraron y sonrieron.

—Imposible, amigo.

Corso ya se estaba mosqueando, si ese tío volvía a llamarle «amigo» le partiría la cara.

—Tengo aquí mis documentos que me acreditan como detective privado —

prosiguió Corso intentando resultar amable y comedido—, así podría hablar unos instantes con el señor Zucco.

—No sigas intentándolo, amigo...

Antes de que el hombre pudiera terminar de exhalar la última vocal, con un rápido movimiento, Corso le golpeó la nariz, partiéndosela, y provocando una aparatosa hemorragia. El hombre se llevó ambas manos al rostro y se arrodilló de dolor.

Su compañero quiso reaccionar, pero el detective le clavó su mirada.

—Sino quieres sufrir de lo mismo que tu «amigo», más vale que hagamos esto de forma civilizada. —Lo detuvo Corso, amenazador—. Ahora entrarás y le dirás a tu jefe que el detective Valentine Corso quiere hablar con él unos minutos, ¿de acuerdo?

El otro asintió afirmativamente.

—Buen chico.

El hombre de negro número dos desapareció en el interior de la mansión y el silencio reinó alrededor de Corso, solo quebrantado por los murmullos y quejas de dolor de su «amigo».

Se agachó y obligó al otro a separar las manos ensangrentadas de su rostro y le examinó la herida.

—No te quejes tanto, hombre —le espetó—. Solo tienes la nariz rota y el tabique desviado...

Y antes de añadir nada más, le cogió la nariz y se la hizo crujir para ponerla en su sitio. Un alarido recorrió la plaza y las calles de su alrededor.

Corso se levantó y con un pañuelo se limpió la mano de sangre.

—Ahora no te lo toques y en unas semanas estarás como nuevo.

Apoyado en la pared, el hombre de seguridad número uno murmuró algo a lo que Corso no prestó atención, sobre todo porque su compañero salió de la mansión y le dijo:

—El señor Zucco lo espera.

Corso se lo agradeció y cruzó el umbral.

El lujo que se veía en el exterior, también se percibía en el interior. Era un lujo moderno, era cierto que había pinturas y obras de arte renacentistas, pero descansaban en muros de impoluto mármol blanco y detrás de vitrinas de cristal pulido. Y, aquí y allí, se veían pequeños destellos de tecnología que le daban un

aire a museo contemporáneo. Algo que contrastaba con las paredes ocres y los tejados de tejas del exterior, pero así era la Venecia de posguerra, mientras siguiera flotando, todo valía.

Sus zapatos sucios y desgastados rompían la brillantez del suelo, sobre el que Corso casi se podía ver reflejado, pero antes de que el detective se perdiera en ese escenario a medio camino entre la antigua Roma del péplum y la ciencia ficción futurista del pasado, una voz suave pero poderosa le llamó la atención.

—El señor Corso, supongo.

El detective se giro y miró a su interlocutor que bajaba por una escalinata que Versailles envidiaría. Se quedó impresionado, el hombre que había ante él era el vivo retrato de la descripción del mendigo, si ese no era la cita de Uzzi en San Marcos, jamás podría encontrarla.

—Así es.

Zucco le ofreció la mano y el detective la sacudió con firmeza.

—Es un placer.

—Disculpe a mis hombres de la entrada, a veces se toman demasiado en serio lo de protegerme, y más cuando un agente de la ley llama a mi puerta por un asunto oficial.

Se notaba que Zucco se hacía el zalamero y quería dominar el partido desde un principio, pero Corso no se amedrentaba al jugar en campo contrario, estaba acostumbrado.

—Yo no diría tanto, solo soy un simple detective privado que quiere satisfacer a su cliente.

—¿Puedo preguntar de quién se trata?

—Puede, pero yo puedo no responder —dijo Corso con una sonrisa que el otro compartió.

—¿Confidencialidad entre cliente y detective? ¿Igual que si fuera un médico o un abogado?

Corso se encogió de hombros.

—O como un cura.

Como respuesta, Zucco permaneció en silencio, hasta que no pudo contenerse más.

—En tal caso, ¿en qué puedo serle útil?

El detective se aclaró la garganta.

—Siento comunicarle que el conde Uzzi ha fallecido.

Zucco ni se inmutó, o bien no le importaba ni un ápice o, lo más probable, es que ya lo supiera, al fin y al cabo, Venecia era una ciudad pequeña, y seguro que ese hombre tenía oídos en todas partes, incluida la comisaría de policía.

—Lo conocía, ¿verdad?

Tardó en responder pero no dudó.

—Sí, habíamos trabajado juntos en más de una ocasión. Un buen hombre, con un buen olfato para los negocios.

Corso asintió.

—¿Cuando fue la última vez que lo vio?

Aunque de manera muy sutil, el gran hombre de negocios dudó, pero en esta ocasión el detective pudo percibirlo: mostraba sus cartas o se echaba un farol.

—Hace dos... no, tres días. En San Marcos, nos encontramos allí para ir a una reunión informal con otros socios.

«Al menos admite el encuentro», pensó Corso.

—¿Puedo preguntar donde y con quién tuvo lugar dicha reunión?

Zucco sonrió.

—Puede, pero yo puedo no responder.

Corso sonrió.

—Bien jugado.

—Al fin y al cabo, usted es detective privado, señor Corso, no un policía en una investigación oficial.

El detective se dio cuenta de que aquel hombre sabía jugar muy bien sus cartas, girando la conversación hacia dónde él quería... o alejándola de dónde no deseaba ir.

—Tiene toda la razón.

—Pero no tengo inconveniente en que me haga más preguntas, que yo responderé a las que crea oportunas.

Corso ordenó sus pensamientos mientras se frotaba la barbilla.

—Y después de la reunión, ¿sabe a dónde fue?

—No, charlamos un poco de banalidades y cada uno se fue por su lado. Soy un hombre ocupado.

Corso comprendió la indirecta y habló sin rodeos, lanzando preguntas como si vaciara el tambor de un calibre 38.

—¿Sabe si alguien quería deshacerse de él?

—Somos hombres de negocios, siempre hay alguien perjudicado, pero no sabría concretar.

—¿Uzzi tenía alguna relación personal? ¿Un amante, tal vez?

—No, que yo sepa.

—¿El conde tenía algún otro lugar en el que alojarse a parte de su *palazzo*?

—¿Se refiere a otra propiedad?

Corso asintió.

—Todos tenemos más propiedades, al final uno se tiene que gastar el dinero en algo —confesó Zucco sin reparos con una sonrisa de superioridad.

El detective tenía al empresario donde quería.

—¿Y un lugar en el que esconderse?

—¿Esconderse?

—Sí, esconderse. Ya sabe, para pasar desapercibido ante miradas curiosas —explicó Corso.

El silencio se apoderó del espacio que rodeaba a los dos hombres, mientras se mantenían la mirada con ímpetu, en una especie de competición invisible... hasta que se quebró repentinamente al oírse la sonora carcajada de Cesare Zucco. El hombre se reía a mandíbula batiente.

—Discúlpeme, este comportamiento no es adecuado ante la situación que nos ha reunido —dijo calmándose mientras se frotaba el rostro para relajar sus músculos—. Pero es que todos queremos evitar miradas curiosas, como usted dice. Al fin y al cabo, todos tenemos esqueletos en nuestros armarios, incluso respetables hombres de negocios como el conde Uzzi o yo mismo, señor Corso.

Aquellas palabras fueron suficientes para el detective. Por un lado, sabía que no sacaría más de Zucco, por mucho que insistiera; tenía razón, él no era más que un sabueso y podía hablar, pero no obligar a los otros que lo hicieran. Y, por el otro, sin darse cuenta, Zucco le había dado la información suficiente como para seguir adelante, un policía necesitaría algo más que la sutil pista que Zucco, queriendo o no, le había regalado.

—No quiero entretenerle más, señor Zucco —dijo tajante Corso—, ha sido muy amable por dedicarme su tiempo.

El empresario sonrió amablemente.

—Siempre es un placer ayudar en casos como este.

Corso asintió con gesto de agradecimiento, sacudió con firmeza la mano de Zucco y salió por la puerta.

En el exterior solo había uno de los hombres de seguridad, pero Corso se alejó a paso ligero sin despedirse, y no lo hizo corriendo para evitar que nadie que pudiera sospechar de su comportamiento. Era un sabueso que acababa de encontrar un buen rastro.

Corso cruzó las puertas de la comisaría hasta llegar al calabozo con total impunidad, como si aquel fuera su hogar y él un policía como todos los que lo observaron desconcertados. No hubo nadie que le dijera nada hasta que llegó a la puerta de la sección del antiguo edificio que contenía las celdas para los prisioneros provisionales, como Ingrid.

—¿A dónde vas, Corso? —le preguntó un oficial entrado en años, al que conocía desde que el detective se había afincado en Venecia.

—A ver a mi clienta.

—¿Has pedido cita?

—¿Cita? —dijo Corso con ímpetu—. Vamos, no me jodas, Carlo, pero si hace unas horas que estuve aquí.

El *carabiniere* que ocupaba aquel lugar de trabajo desde hacía años y lo consideraba su reino lo miró impertérrito.

—Sí, pero no hubo problema porque viniste con el jefe, pero ahora vienes solo.

—Es importante, Carlo, si no lo fuera, sabes que seguiría las reglas —insistió Corso.

El policía sonrió, lo de seguir las reglas no iba mucho con el detective.

—Seguro que sí, Corso.

—No seas cabrón, dame solo cinco minutos.

El hombre miró a su alrededor, como si comprobara que estaban solos y le lanzó una punzante sonrisa, una que Corso interpretó de inmediato.

—Eres lo peor, Carlo.

Y, sin más, Corso sacó un billete del bolsillo.

Cuando el *carabiniere* lo tuvo en la mano abrió la puerta del calabozo y le dijo

a Corso:

—Cinco minutos, sabueso, solo cinco minutos.

Como un torbellino el detective cruzó el umbral y fue hasta la celda de la androide, encontrando a Ingrid del mismo modo que la había dejado, hecha un ovillo sobre sí misma en un rincón del catre de la celda.

—Ingrid.

Ella alzó la cabeza, ajena a cuanto le rodeaba.

—¿Corso?

—No tengo mucho tiempo, pero puede que haya encontrado una buena pista.

La otra lo interrogó con la mirada.

—Pero necesito tu ayuda.

La androide no dijo nada, se mantuvo a la expectativa a que el detective le preguntara lo que fuera.

—Me dijiste que no sabías si el conde tenía más propiedades.

Ingrid asintió.

—Pero puede que sí que las tuviera.

Ella se encogió de hombros.

—Y aunque tú no lo sepas, sí que puedes saber dónde puedo averiguar si realmente tenía más propiedades en Venecia, ¿cierto?

A la androide se le iluminó la cara, estaba claro que no se esperaba que Corso pudiera encontrar un buen rastro en tan poco tiempo.

—Sí... Claro... —respondió nerviosa—. Claro que sé dónde puedes averiguar algo.

—¡Genial! ¿Dónde?

—En el *palazzo*, en el despacho del conde, hay una caja fuerte —explicó a trompicones a la vez que se levantaba y se acercaba a los barrotes que la separaban del detective—. Dudo que él supiera que yo conocía su existencia, pero está detrás de uno de sus preciados óleos.

—Eso es perfecto —respondió Corso—, ahora mismo iré hacia allí para ver qué puedo averiguar. ¿Tienes las llaves del *palazzo*?

La androide buscó instintivamente su bolso, pero descubrió que no estaba con ella en la celda.

—No...

—Qué estúpido soy, te lo han quitado cuando has llegado.

—¿Dónde está?

—Supongo que lo tendrá el comisario —respondió Corso cerrando los ojos al pensar que tendría que pedirle un nuevo favor a Mastroianni.

—¿Pasa algo, Val?

—No, nada, no te preocupes, yo me ocupo de todo.

Sin detenerse a escuchar las palabras de agradecimiento de la androide, el detective salió del calabozo y subió a grandes zancadas las escaleras de la comisaría hacia la primera planta, donde Mastroianni tenía su despacho, e irrumpió en él sin apenas entretenerse en golpear la puerta y girar el pomo.

—¿Se puede saber qué haces aquí otra vez, Corso?! —vociferó el comisario al verlo entrar.

—Necesito el bolso de Ingrid.

—Es una prueba.

—¿De qué?

—De asesinato.

Corso resopló.

—No me venga con sandeces, Mastroianni, sabe que ella no es la culpable.

El comisario se encogió de hombros y respondió:

—Eso ya no lo sé, la investigación lo dirá, pero lo que está claro es que es sospechosa, ella misma nos lo dejó claro.

—Estaba asustada, acababa de descubrir que su amo había muerto asesinado, posiblemente a manos de una robot.

—Como ella.

—¿De verdad cree que hubiera venido a buscarme para que investigara un caso que podía inculparla? Ya sabe que las leyes contra los sintéticos no son precisamente comprensivas.

El comisario se echó hacia delante, apoyó los codos sobre el escritorio y cruzó los dedos a pocos centímetros de su rostro.

—No seas ingenuo, Corso, que una cara bonita no lo distraiga. ¿No ves lo que está haciendo esa pellejuda? Está aprovechándose de ti para generar una duda razonable. Con esa pose de mujer débil y aterrorizada solo pretende que nadie ponga en duda su inocencia.

—Pero no solo me vino a buscar a mí, también a ustedes..., antes, aunque

nadie le hizo caso.

El comisario enderezó la espalda y miró a su interlocutor con una sonrisa en sus labios.

—En relación con ese detalle... Nadie recuerda haberla visto aquí.

—Es una androide, nadie admitiría acordarse de ella.

Mastroianni alzó las cejas y levantó las palmas de las manos.

—Como quieras, Corso. Si quieres convertirte en el defensor de un robot culpable, allá tú, no voy a impedírtelo. —Hizo una pausa lo suficientemente dramática para que el detective le prestara aún más atención—. Pero recuerda bien lo que te digo: no te dejes engañar por ella, no es uno de nosotros.

El detective lo observaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Ha terminado?

—Eeeh... Sí, creo que sí.

—Entonces, ¿me dejará ver el bolso de la «sospechosa»? —preguntó con retintín.

—¿No me has oído? Es una...

—¡Prueba! Lo sé, lo sé, cálmese, comisario. —Corso ocupó una silla para quedar frente a frente con el italiano y añadió—: Pero corríjame si me equivoco al decir que todavía no se ha abierto una investigación del caso.

—No, no te equivocas.

—Por lo que, oficial y teóricamente, no existe víctima ni posible culpable, ¿cierto?

—Cierto. ¿Adónde quieres llegar, Corso?

—A un lugar maravilloso llamado mi caso.

—¡Oh, mierda, Corso! No me vengas con estupideces burocráticas. Nuestra oficina abrirá el caso en cuestión de horas, en ese tiempo no puedes hacer nada.

—Tal vez... Sin embargo, según las leyes de colaboración entre entidades policiales, entre las que se encuentra el sindicato de detectives privados al que pertenezco, estamos obligados a ayudarnos mutuamente. Y si bien yo no puedo inmiscuirme en un caso de los *carabinieri*, salvo expreso deseo de estos, ustedes no me pueden impedir investigar un caso del que todavía no se han hecho eco.

Mastroianni se frotó el rostro.

—Eres peor que un picor de huevos, Corso. —Ladeó su cuerpo hacia la izquierda para abrir un cajón de su escritorio y de él extrajo el bolso de Ingrid, que

depositó sobre la mesa—. Ten, es todo tuyo hasta que abramos el caso; para entonces lo quiero de vuelta, ¿estamos?

El detective asintió con decisión.

—Pero tranquilo, comisario, no hará falta que abran nada.

—Lárgate de aquí de una vez, Corso, antes de que cambie de opinión —ladró Mastroianni apoyando las palmas de las manos en el escritorio y adelantando su rechoncho cuerpo.

Corso se despidió de él golpeándose el ala de su sombrero y abandonó el despacho, la oficina de los *carabinieri*, para encaminarse hacia el Gran Canal.

7

El Palazzo Uzzi no estaba muy lejos del puente de Rialto, remontando el Gran Canal, justo a mano derecha. A pesar de que aquellos grandiosos edificios seguían manteniendo la lujosa entrada del canal, a través de la que accedían los invitados de lujo, también disponían de entradas desde las calles colindantes, como la Strada Nova.

Sin que conjuntara demasiado bien con su gabardina y su sombrero de fieltro, Corso llevaba colgando el bolso de Ingrid en el hombro derecho, y tuvo tiempo de examinarlo durante el trayecto a pie. Había encontrado, entre otras muchas cosas, un juego de llaves que le permitió acceder al *palazzo* por la entrada de servicio.

En apenas unos segundos se adentró en el lujo más desmesurado de Venecia; en aquellos días, la comodidad y las cosas brillantes solo quedaban ya al alcance de unos pocos..., y Corso no era uno de ellos.

Aunque había ido al Palazzo Uzzi —le era imposible referirse a ese lugar como una «casa»— por trabajo, al cruzar la puerta se quedó atónito. Aquello era un museo de arte antiguo, incluso más exagerado que la mansión de Zucco. Óleos, esculturas, tapices..., incluso el papel pintado de las paredes parecía caro. Las puertas, los muebles, todo pertenecía a una época pasada, y uno era aún más consciente de ello cuando se percataba de que no había rastro de la tecnología habitual en los hogares de mediados del siglo XXI.

Como si le diera miedo dañar el suelo, Corso empezó a andar con la intención de flotar por encima del parqué, mientras alzaba la cabeza hacia los altos techos con frescos y grabados de dioses antiguos, ángeles y demás parafernalia mitológica.

«No sé si podría vivir aquí con tanta gente observándome», se dijo mientras sentía centenares de pares de ojos clavándose en sus pupilas: al fin y al cabo era un extraño, un foráneo, un intruso.

Aturdido, se detuvo en mitad de lo que parecía un salón —aunque también podía tratarse de algún tipo de recibidor—, y giró sobre sí mismo para percibir la inmensidad de aquel lugar, sobre todo comparado con su discreto despacho cerca de San Lio.

—¡Céntrate! —exclamó para sí mismo, pero lo único que consiguió fue que su voz rebotara por las paredes de todo el *palazzo*.

«Genial, Corso, eres un experto en ser discreto», se reprochó.

—El despacho, el despacho, el despacho... —se dijo entre murmullos para recordarse su objetivo.

«¿En qué maldito lugar habrá puesto su despacho el conde?», se preguntó tras abandonar aquella sala y acceder a lo que parecía un gran vestíbulo, presidido por una escalera que ascendía hacia la primera planta. Se cruzó el bolso de Ingrid sobre el pecho para no perderlo y con grandes zancadas subió por los enmoquetados escalones.

En la planta superior encontró un largo pasillo que cruzaba las estancias — como en los viejos castillos señoriales— y corrió por encima del parqué decorado buscando algún lugar que pudiera identificar como el despacho de Uzzi.

A cada paso que daba, miraba a ambos lados para descubrir tocadores, armarios y muebles bufés repletos de objetos que hacían juego con el resto de la casa. Sin embargo, en ninguno halló un escritorio, una mesa o una biblioteca. El detective no sabía por qué, pero su descripción mental de un despacho incluía estanterías repletas de libros.

Fue entonces cuando patinó sobre el parqué al intentar frenar. Como suponía, un enorme escritorio, con una silla orejera a juego de espaldas a la ventana, presidía la estancia, y una librería repleta de libros de lomos antiguos cubría la pared opuesta. Además, por si eso fuera poco, el escritorio estaba cubierto por todo tipo de papeles, con total seguridad vinculados a los negocios del conde.

—Necesito encontrar un «preciado óleo», como ha dicho Ingrid —se recordó, sacando provecho del bloc de notas que era su mente.

De forma instintiva dirigió la mirada a las paredes, cubiertas principalmente por estanterías con libros, excepto una, no muy lejos del escritorio. Un cuadro — Corso supuso que se trataba de un óleo, aunque sus conocimientos de arte eran más bien escasos— colgaba a la altura aproximada de los ojos de un hombre de estatura media.

—Perfecto.

Sin dudarle ni un instante, se abalanzó sobre el cuadro y lo descolgó en un solo movimiento para dejar a la vista una caja fuerte empotrada en la pared. En

cuanto la vio, una enorme sonrisa apareció en sus labios; se trataba de una caja a juego con el resto del *palazzo*, antigua, sin detectores de huellas, retinas ni todo ese tipo de cosas que impedirían forzarla.

Corso se frotó las manos y acercó la oreja a la fría puerta de metal para, después, empezar a girar la ruedecita con los números de la combinación. No era un experto en forzar cajas ni un ladrón, sino un detective, pero el entorno en el que se movía a veces le permitía conocer a gente que le enseñaba habilidades interesantes, como la que ahora le ocupaba. Durante la guerra salvó el pellejo en un par de ocasiones a un joven soldado americano como él, pero de origen italiano, que resultó ser un tipo muy mañoso con los dedos. Después de la contienda, cuando todo el mundo se estaba muriendo de hambre, fue uno de los primeros en superar la «crisis» desvalijando cajas como aquella; y, por el camino, le enseñó a Corso cómo hacerlo.

«Tonio lo hubiera logrado en un par de segundos —pensó mientras prestaba toda su atención al sonido de los engranajes internos de la puerta—. Por suerte, mi prisa es relativa», se dijo para mantener la calma.

Un chasquido hizo que su corazón latiera con fuerza. Miró el número y tomó nota de él.

«Vamos a por el segundo», se dio ánimos para sus adentros antes de comenzar a girar la ruedecita en dirección contraria.

Lentamente, con todos sus sentidos puestos en los chasquidos del interior de la caja fuerte, siguió girando la rueda de la combinación hasta que el mismo sonido de antes le advirtió de que había dado en el clavo por segunda vez.

A partir de ese momento no pensó, no se animó para sus adentros, quería mantener el más absoluto silencio para poder concentrarse en el paso final y abrir la caja de caudales del conde Uzzi, donde podría encontrar las pruebas de lo que de verdad le había ocurrido...; aquello salvaría a Ingrid de la horca. Sin embargo, no tuvo mucho más tiempo para imaginar qué habría al otro lado del grueso metal de la puerta, pues el chasquido final —comparable para él, en aquel momento, a un coro de ángeles celestiales— resonó enseguida en el interior de su tímpano.

Corso respiró aliviado mientras sentía cómo unas gotitas de sudor frío se desprendían de sus sienes.

—Gracias, Tonio —dijo en un susurro acordándose de su viejo camarada.

Con un imaginario redoble de tambor sonando en su cabeza, Corso abrió lentamente la caja fuerte del conde, como si tuviera miedo de lo que pudiera aparecer al otro lado; pero, tras unos segundos de tensión exagerada, solo encontró un fajo de inofensivos papeles.

«No sé qué te esperabas, Corso, al fin y al cabo, Uzzi solo era un hombre de negocios», se reprochó el detective.

De pie frente a la caja fuerte acabada de escamotear, empezó a revisar la documentación que ahora tenía entre manos, pero enseguida se dio cuenta de que lidiar con aquel montón de hojas, la gabardina y el bolso de Ingrid complicarían su trabajo. Instintivamente miró a su alrededor y se encogió de hombros:

«Al fin y al cabo, estoy solo, ¿no?», se dijo con una sonrisa en los labios.

Ni corto ni perezoso, se acercó al escritorio del conde, apartó los papeles que le molestaban y dejó los que acababa de sacar de la caja fuerte. Colgó el bolso en la silla orejera, se deshizo de la gabardina arrojándola encima del respaldo y, como si estuviera en su casa, se dejó caer en el mullido asiento, provocando que un sonido gutural de placer abandonara su garganta.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con voz ahogada—. Esto sí que es una silla... tengo que conseguir una de estas para mi despacho.

Después de recolocar sus nalgas como era debido, Corso se echó el sombrero hacia atrás, se secó la frente y se encaró con los papeles que podían revelar lo que realmente había pasado con el conde. Y aunque confiara en la presunción de inocencia, normalmente a las entidades públicas no les gustaban los androides, y menos aquellos cuyos dueños estaban muertos.

Con suma atención empezó a leer los papeles; los primeros parecían ser facturas por servicios no especificados. Procedían de diferentes empresas con nombres confusos que no dejaban muy claro a qué se dedicaban. Sin embargo, lo que sí entendió a la perfección fue que el conde les pagaba sumas considerables de dinero. Corso avanzó en aquellos papeles y tras apartar los que parecían facturas de terceros, dio con una vieja carpeta de cartón roído por el uso que contenía facturas de luz y agua correspondientes a una vivienda en Cannaregio y, por lo que se podía ver en la dirección...

—No muy lejos de donde se halló el cadáver...

Por fin, una pieza de aquel rompecabezas encajaba.

Por el consumo energético, se trataba de una pequeña vivienda, lo que podría llamarse un pisito, en Fondamenta San Girolamo.

—¿Por qué querría otro piso en la ciudad teniendo este palacio? —se preguntó—. ¿Y por qué en secreto?

Corso sabía que su oficio, normalmente, conllevaba más preguntas que respuestas, por lo que no se detuvo allí y pasó a lo que había a continuación: una libreta. El detective abrió el cuaderno con cubiertas de piel y descubrió que se trataba de una agenda, ya que, junto a una serie de fechas apuntadas, figuraban unas siglas y un número.

Al ver aquello, frunció el ceño.

«No puede ser tan sencillo», se dijo mientras recuperaba las facturas, percatándose de que las siglas coincidían con los nombres y los números con las cantidades de dinero a pagar. Estaba frente a una contabilidad paralela del conde, pero ¿de qué?

Corso contempló las facturas y la lista de fechas de la agenda mientras se recostaba en la cómoda silla.

«¿De qué puede servirme esto?», se preguntó. Mientras su cabeza hacía cábalas, las manos empezaron a pasar las páginas de la agenda de forma automática, hasta que sus ojos observaron que la sucesión de fechas terminaba en un día concreto. Al principio, su cerebro no reaccionó, pero, pasado un instante, Corso pegó un saltó y se acercó a la agenda. Terminaban justamente hacía tres días, el día en que Ingrid le contó que el conde había desaparecido; el día que había sido visto por el mendigo; el día que había estado con Zucco...

Como un poseso, repasó las facturas, descartando las que no le servían, hasta que dio con una en la que las siglas coincidían.

—De perdidos al río.

Como si estuviera en su despacho de San Lio, Corso cogió el teléfono que había sobre la mesa y marcó el número que aparecía en la factura. Después de un par de tonos, una voz femenina resonó al otro lado:

—*Buona sera*, conde Uzzi, ¿qué desea esta noche? —preguntó alguien con voz sensual, como si quisiera seducirlo.

Al escuchar aquellas palabras, Corso se quedó desconcertado. La mujer insistió:

—¿Conde Uzzi?

Entonces no dudó en responder:

—Lo de siempre —dijo queriendo imitar la voz del conde; pero como no la conocía, sonó como si estuviera resfriado y con la garganta pastosa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer.

Corso asintió a la vez que soltaba un extraño gruñido para no tener que pronunciar demasiadas palabras.

—¿Qué chica quiere?

En la cabeza del detective, los eslabones de aquel caso empezaban a formar una cadena.

—La de la última vez —respondió con su extraña voz fingida, a la vez que probaba suerte en su investigación.

—Lo siento, conde Uzzi, no sabemos nada de Daniela desde hace tres días.

Una sonrisa de victoria asomó en el rostro del detective. Por fin lo entendía todo. Aunque tendría que confirmarlo, le pareció que el asunto empezaba a cobrar sentido.

—No se preocupe, querida, cuando sepan algo de ella, infórmenme, por favor —respondió y, antes de que la mujer añadiera algo más, colgó rápidamente.

Aprovechando el golpe de suerte que acababa de dar, se volcó en realizar llamadas al resto de las empresas, de las que obtuvo respuestas y conversaciones muy parecidas. Sin embargo, fue en la última, en la que le bastó con establecer comunicación, cuando por fin comprendió el asunto en su totalidad.

—Buenas noches, habla con iGirls, acompañantes sintéticas para todo tipo de ocasiones —dijo la voz de una mujer con aire sensual.

Aquella información detuvo las neuronas de Corso, que solo pudo responder:

—Lo siento, me he equivocado. —Y colgó.

Volvió a repasar las facturas y las cantidades de dinero que, junto con los gastos de un pequeño piso no muy lejos de su casa, le permitieron comprender a qué dedicaba las noches el «bueno» del señor conde.

Como una exhalación, Corso recogió todos aquellos papeles y sus cosas, abandonó el Palazzo Uzzi y se encaminó hacia la dirección en San Girolamo. Si quería salvar la piel de Ingrid debía actuar de prisa, y solo lo conseguiría investigando aquel lugar que el conde había ocultado tan hábilmente a todo el mundo.

8

La noche se había cernido sobre los canales de Venecia, y las luces solo iluminaban algunas de sus calles, dejando mucho espacio para que todo tipo de maleantes se escondieran en callejones y esquinas. Por suerte, Corso conocía la ciudad como la palma de su mano, y sabía qué camino seguir para evitar encuentros incómodos. En poco más de diez minutos se plantó frente al portal del «pisito» del conde. Aunque el lugar parecía limpio y seguro, no era nada comparado con el lujo que ya presagiaba la fachada del *palazzo* del gran canal.

«Puede que aquí sí me sintiera mucho más cómodo», se dijo antes de probar suerte empujando la puerta del edificio, que se abrió ante sus ojos como si alguien supiera cuánto lo necesitaba.

«Hoy debo tener una flor en el culo», bromeó para sí mientras se adentraba en el pequeño y discreto vestíbulo del edificio, en el que solo vio el principio de una escalera, que ascendía hacia los pisos superiores, y una puerta. Normalmente uno no daba con todas las piezas de un rompecabezas como aquel en un solo día, pero Corso era un detective agradecido y no le haría ascos a las facilidades que estaba teniendo hasta ahora: el hallazgo del cadáver, hablar con el amigo de la víctima, encontrar la información sobre ese piso... Era demasiado bueno para rechazarlo.

El detective repasó la información de los documentos que llevaba consigo y emprendió el camino hacia los pisos superiores, porque, si no había contado mal, el conde tenía su «lugar de descanso» en el ático.

A medida que subía, pudo ver que, a excepción de los bajos, en todas las plantas había dos puertas —y supuso que, tras ellas, sus correspondientes apartamentos—; pero al llegar al último rellano comprobó que allí solo había una... y estaba entreabierta.

«Demasiada suerte estoy teniendo ya», se dijo arrugando la nariz, su olfato no solía engañarlo.

Entonces, Corso frunció el ceño y, desconcertado, miró hacia atrás.

«¿No ha pasado nadie por aquí en tres días?», se preguntó, pero, antes de que pudiera encontrar una respuesta, un ruido en el interior del piso de Uzzi le llamó la atención. Había alguien.

«No te emociones, seguro que es un gato», se dijo, aunque no sabía si era para darse valor por lo que pudiese encontrar o para no imaginarse que estaba viviendo en una de esas antiguas películas de Humphrey Bogart.

Lentamente hizo girar la puerta sobre sus goznes, que no emitieron sonido alguno, y se adentró en el ático de Uzzi. Lo primero que llamó su atención fue que todo estaba inmaculadamente limpio, como si alguien hubiera puesto especial interés en eliminar cualquier rastro y huellas. Las alfombras no tenían ni una pelusa, en los muebles no había ni una mota de polvo y los cristales de las ventanas eran tan transparentes que un pájaro hubiera creído que no existían.

Sin embargo, lo que realmente le desconcertó fue la luz del fondo, que se colaba por la rendija de una puerta. Andando de puntillas, se acercó a ella y comprobó que el ruido procedía del otro lado; además, no pudo evitar oír una voz femenina que hablaba nerviosa.

Con delicadeza, Corso acercó el oído a la puerta, y las palabras que escuchaba se definieron de inmediato.

—Limpio... Tengo que dejarlo todo limpio..., muy limpio.

El detective empujó la puerta, pero en esta ocasión le traicionó la suerte y las bisagras emitieron unos horribles chirridos, propios de una casa del terror, que provocaron que la persona que allí estaba se girara y lo descubriera completamente desprevenido.

Frente a él, arrodillada en el suelo de lo que parecía un baño, una mujer completamente desnuda lo observaba con el maquillaje corrido por las lágrimas, lo cual le confería un aterrador aspecto; a su alrededor había un par de palanganas de plástico con agua y jabón, y en sus manos una esponja cubierta de espuma esperaba a que su poseedora prosiguiera con su labor. Lo que más le sorprendió de aquella mujer —dejando de lado el estado en el que la había descubierto— era el asombroso parecido que guardaba con Ingrid.

—¿Qu-quié eres? —le preguntó entre sollozos. Pero cuando Corso iba a responder con tono calmado, ella misma se respondió—: ¡No importa! Debo dejarlo todo limpio...

Corso no sabía qué hacer, era evidente que la mujer estaba completamente consternada por lo que fuera que hubiese ocurrido en aquel ático; pero a la vez no se le ocurría cómo conducir la conversación hacia donde él quería y averiguar lo ocurrido, saber si Ingrid era inocente, como él creía y esperaba.

—¿Daniela?

La mujer se giró.

—Eres Daniela, ¿verdad? —insistió el detective esperando obtener una respuesta; pero ella no respondió, solo siguió observándolo desnuda y con la esponja en la mano.

—¿Qué le sucedió al conde? —Hizo una pausa para que ella dijera algo, pero al ver que no respondía añadió—: ¿Qué sucedió hace tres días aquí?

Entonces la mujer se puso tensa y su gesto de tristeza y pánico se tornó en ira explosiva. Corso no tuvo tiempo de reaccionar, pues, con un rápido movimiento, soltó la esponja y se abalanzó sobre él, rodeándole el cuello con ambas manos.

«Está claro que se trata de una androide», pensó el detective en el preciso instante en que sus pies se separaban del suelo y soltaba los papeles de Uzzi para intentar liberarse del agarre de Daniela.

—¡No sucedió nada! —exclamó ella completamente fuera de sí mientras lo sacaba del baño para llevarlo hacia el comedor, concretamente hacia una de las ventanas que daban al canal.

Corso pataleaba como un loco viendo su vida amenazada de aquella manera; sin embargo, no tenía fuerza para luchar contra los músculos sintéticos de Daniela. Con un gran estrépito, la androide lo obligó a cruzar la ventana, cuyos cristales estallaron en miles de pedazos, y la madera se partió bajo el peso del detective y la fuerza de aquella mujer.

Sin saber cómo y sin apenas darse cuenta, el detective se encontró con más de medio cuerpo fuera del piso, solo sus pies tocaban el quicio de la ventana.

—¿Quieres saber qué le sucedió al conde?! —preguntó Daniela entre gritos mientras intentaba sacar a Corso del piso.

El detective asintió como pudo.

—¡Lo mismo que te sucederá a ti! —gritó ella como respuesta.

Fue entonces cuando vio que la altura a la que se encontraba era considerable, y que el ruido provocado por la rotura de la ventana había llamado la atención de vecinos, paseantes y curiosos.

«¡Mierda! Más vale que hagas algo, Corso», se aconsejó para sus adentros. No hacía falta ser un genio para saber que la intención de la androide era arrojarlo al canal desde el piso más alto del edificio.

Como pudo y sacando fuerzas de donde casi no tenía, lanzó un contundente

rodillazo al rostro de Daniela, que trastabilló y aflojó su agarre el tiempo suficiente como para que Corso pudiera recuperar la respiración un instante y gritar a todo pulmón:

—¡Llaman a los *carabinieri*! ¡A Mastroianni!

Cuando Daniela volvió a cogerlo con fuerza, rezó para que cualquiera lo hubiera escuchado y llamara a la caballería. Pero enseguida su mente se concentró en el dolor que le provocaban las manos de la androide, que lo agarraron del cuello sin piedad y lo lanzaron por el aire. Corso cruzó el comedor, se estampó contra la pared del fondo y cayó sobre una mesa, que se rompió bajo su peso.

—¿Acostumbras a tratar así a todos tus clientes? —preguntó intentando provocar a la androide para que dijera cualquier cosa que la inculpara, si es que encontrarla en el piso de Uzzi limpiando como una loca no fuera suficiente.

—Solo a los que me lo piden.

—¿El conde era uno de ellos?

Ella sacudió la cabeza negativamente con una sonrisa diabólica en el rostro.

—No, pero se lo merecía.

—¿El qué?

—¡Que lo matara!

«Perfecto, ha confesado. Ahora solo me hace falta sobrevivir para testificar», se dijo Corso un instante antes de que Daniela volviera a cogerlo por el cuello y lo alzara en el aire. Estaba claro que su intención era hacerlo volar hasta el canal.

—¿Quieres saber qué sucedió? —le preguntó ella entre gruñidos, acercando tanto su rostro al de él que Corso pudo ver cómo el maquillaje reseco creaba una máscara de terror alrededor de sus ojos—. ¡Cada semana! ¿Me oyes? ¡Cada semana tenía que someterme a las humillaciones de ese depravado y sus amigos! Al principio creí que sería como cualquier otro cliente, con sus vicios inconfesables, pero en cambio ellos disfrutaban abusando de mujeres como yo..., de androides como yo. No era más que un juego cruel. No le importaban el sexo, la edad ni la apariencia física, lo sabía por las compañeras... Sin embargo, cuando me conoció fue como si sus sueños se cumplieran. No sé por qué se obsesionó conmigo, incluso cuando cambié de compañía me buscó como si fuera de su propiedad para cogerme, ahogarme, pegarme, violarme... hasta el agotamiento. —Parecía que aquella robot necesitaba confesar lo que la había arrastrado a

matar a un ser humano—. Pero hace tres días dije que era suficiente. Ya es bastante duro ser una esclava de para todo tipo de depravados, como sus amigos, para encima tener que soportar a alguien como él. —Entonces, Corso vio cómo los ojos de Daniela, aquellos ojos grandes y preciosos, brillaban por la locura que se había desatado en el interior de su mente tras violar una de las leyes de la robótica.

—No... no... pasará nada —dijo Corso intentando apaciguarla, pero sus palabras provocaron el efecto contrario.

Daniela lo cogió tan fuerte que el detective pudo sentir cómo la nuez del cuello amenazaba con partirse como un fruto seco.

—No mientas, humano, sé perfectamente lo que les sucede a los robots que matan a un humano. Por eso tú no puedes vivir, debo eliminar todas las pruebas en mi contra.

Sin más dilación, tras contarle toda la verdad sobre el conde, Daniela llevó a Corso, cuyo rostro congestionado por la falta de aire empezaba a tornarse azulado, hacia la ventana abierta de par en par; y sin permitirle apoyar los pies en ningún lugar, lo dejó colgando de sus manos.

Corso sentía como su cabeza empezaba a dar tumbos y sus fuerzas se agotaban, su visión se difuminaba y el rostro de Daniela se volvía cada vez más borroso. Sus manos, que hasta entonces habían luchado para liberar el agarre de la androide, resbalaron y quedaron colgando a ambos lados del cuerpo del detective, que parecía exhalar ya su último aliento. Luchando contra el destino, Corso hizo todo lo que pudo para mantenerse despierto, pero su cuello se doblaba como el de un pollo de goma y los ojos se le cerraban con pesadez. Nunca sabría por qué, pero en aquel instante le vino a la mente la imagen de los hombres a quienes se ahorcaba en los viejos westerns italianos. Afortunadamente no pudo pensar demasiado en ello, pues una explosión distrajo su mente, carente de oxígeno, y ante sus ojos, que parpadeaban desacompasadamente, la frente de Daniela estalló en mil pedazos de color rojo sangre, haciéndolo sentir libre y ligero.

«¿Es esto lo que se siente al morir?», se preguntó.

9

Ingrid volvía a estar sentada en el despacho del comisario Mastroianni. No sabía qué tenía aquel hombre, que por un lado le proporcionaba cierta confianza y, por el otro, la asustaba hasta el punto de desear salir corriendo. Sin embargo, estando detenida como sospechosa de la muerte del conde, no podía hacer otra cosa que esperar, tal y como le habían dicho. No sabía si Corso había conseguido algo de la caja fuerte y temía que la hubieran presentado allí para comunicarle que había pasado de ser sospechosa a culpable.

Pero todo cambió cuando la puerta del despacho de Mastroianni se abrió y su propietario entró..., pero no solo; tras él iba un desmejorado y demacrado Valentine Corso. Tenía la ropa arrugada y sucia, el rostro perlado de sudor, no había rastro de su sombrero y en el cuello lucía unas marcas rojas, como si se hubiera atado demasiado fuerte el nudo de la corbata, de varias corbatas.

—¡Val! —exclamó la androide nada más verlo, y al momento se levantó para acercarse a él.

—Tranquila, Ingrid, estoy bien...

—Más o menos —puntualizó Mastroianni sentándose en su silla.

Ingrid regresó a su asiento y Corso ocupó el que quedaba libre.

—Aquí, el gran detective, casi acaba como el conde Uzzi. —Ingrid se llevó la mano a la boca asustada—. Sin embargo, fue lo suficientemente listo como para pedir ayuda a los profesionales.

—Los profesionales que hubieran condenado a una inocente con tal de elegir la vía fácil —le recriminó Corso mientras le devolvía el bolso a Ingrid—. Perdona por el estado en que está...

—Déjate de monsergas, Corso, y cuenta lo que sea que hayas descubierto. Dime por qué tengo a una androide desnuda con un agujero en la cabeza.

El detective se recostó en su asiento gozando de la poca comodidad que ofrecía y, sobre todo, del hecho de haber acabado con aquel caso... de una pieza. Miró a Ingrid y dijo:

—Por muy bien que te tratara el conde, en realidad era un obseso de la violencia hacia los robots. —Ingrid puso cara de no comprender lo que le estaba diciendo—. Para eso tenía un piso en Cannaregio, donde se encontraba

asiduamente con androides y abusaba de ellos hasta la extenuación.

—Pero eso no es posible —lo interrumpió Ingrid.

—Lo es —dijo tajantemente el detective antes de proseguir con su explicación—. Todo se torció cuando se obsesionó con una androide que se parecía mucho a ti. Supongo que en la imaginación del conde estar con ella era como estar contigo. —Ingrid se agarró las manos sobre el pecho claramente consternada—. Como no podía abusar de ti, porque todo el mundo se hubiera percatado, decidió elegir a alguien muy parecido. Pero no contó con que el abuso reiterativo podía llegar a quebrar la mente de la androide en cuestión y ponerla en su contra, y todo terminó con el conde muerto por asfixia y flotando en el canal.

Los ojos de Ingrid se anegaron de lágrimas hasta que no pudo contener el llanto.

—Hubiera podido ser yo —sollozó con voz temblorosa, buscando ayuda en Corso.

—No se preocupe, señorita Ingrid —intervino Mastroianni para calmarla—, podría haber sido usted, pero no fue así.

Corso posó su mano sobre el hombro de la androide y ella asintió tranquila.

—No te preocupes, todo ha terminado.

—Por ese motivo los he reunido aquí —apuntó entonces el comisario—. Gracias a las pruebas que ha recopilado Corso y a las que podremos extraer de los discos duros de la androide abatida en Cannaregio, las sospechas que recaían sobre usted se han disipado. Queda libre de cualquier delito del que se la haya podido acusar.

—¿Puedo irme? —preguntó Ingrid.

—Puede irse —le confirmó Mastroianni y, después de una pausa, añadió—: Y de paso llévese a este deshecho humano que no puede ni andar por su propio pie.

—Muy gracioso, comisario —replicó Corso con una sonrisa incómoda.

Ingrid no esperó que nadie más insistiera en el asunto, se levantó de su asiento e hizo ademán de ayudar a Corso a incorporarse, pero este la detuvo.

—Averigüé algo más, comisario —dijo el detective haciendo un gesto para aliviar el dolor que sentía en la espalda.

—¿El qué? —le preguntó el jefe de los *carabinieri* con mirada inquisitiva.

Corso sacó de su bolsillo la nota que le había dado Ingrid con los nombres de

los socios más cercanos a Uzzi y se la dio Mastroianni, que la leyó detenidamente, pero no dijo nada, como el buen jugador de póquer que era.

—Esos eran los hombres más próximos a Uzzi, entre los que está Cesare Zucco, con el que, como ya sabe, tuve el placer hablar... y el que me facilitó el camino para encontrar a la androide culpable —explicó el detective.

—¿Molestaste a Zucco?

—No, fui muy amable.

—Pero sacaste algo más, ¿no?

El detective asintió.

—Cuando hablé con él me dijo: «todos tenemos esqueletos en nuestros armarios», dejando bastante claro que Uzzi escondía algo, algo que me podría llevar a la resolución del caso. —Corso hizo una pausa—. Y así fue, esas palabras se convirtieron en la chispa que me llevó a encontrar a Daniela... Pero no me he podido quitar de la mente esas palabras de Zucco, que podían no ser más que un juego de palabras, pero por como las dijo dejaban entrever que Uzzi no era el único que escondía cosas... las mismas cosas que escondían otros, como él.

Mastroianni lo miró alzando las cejas, escéptico.

—¿Me estás diciendo que Zucco también jugaba con las androides como Uzzi?

—Exacto —sentenció Corso—, y me lo dio todo bien cocido para que yo zanjara el tema encontrando y deshaciéndome de Daniela, para que el malo fuera solo Uzzi, y no Zucco y los otros «amigos» del conde.

El comisario se frotó la mejilla que, a esa hora, pedía un buen afeitado.

Corso prosiguió:

—Pero con lo que no contaba era que yo tuviera tiempo, aunque fuera muy poco, de hablar con Daniela, y si bien ella confesó el asesinato de Uzzi, también dejó claro que aquel era un juego de equipo y no de un solo hombre.

—A ver, que me quede claro —dijo Mastroianni—, me estás diciendo que Uzzi, Zucco y los de esta lista se dedicaban a jugar muy duro con androides prostitutas en sus ratos libres, que se las pasaban y las vejaban de cualquier manera, pero hubo una que perdió un tornillo... Perdóneme la expresión —añadió mirando a Ingrid y recuperó sus palabras—: Pero una enloqueció y se cargó a Uzzi que, seguramente, era el cabecilla. Y Zucco, que lo sabía, ha sacado provecho de tu papel en todo esto para que zanjases el tema y dejases a los demás tranquilos.

—No podría haberlo expresado mejor, comisario.

—¿Y qué pruebas tienes?

Corso sonrió y se rascó la sien y respondió:

—Las palabras de Zucco y de Daniela.

—Es decir, nada.

Corso se encogió de hombros.

—Hasta que analicen los discos duros de Daniela.

Mastroianni sonrió.

—Tienes demasiadas esperanzas en esos discos duros —intervino Ingrid posando sus delicadas manos en los hombros de Corso—. Tras el disparo estarán deteriorados y aunque me libren de la muerte del conde, tendrías que tener mucha suerte para que pudieran confirmar la presencia de esos hombres en las... —Se atragantó y una lágrima cayó por su mejilla, no pudo terminar.

No hacía falta que lo hiciera, los dos hombres comprendieron lo que quería decir.

—Hazle caso, Corso —dijo el comisario—, vete a casa, descansa y celebra que has cerrado el caso y le has salvado el pellejo a tu... pellejuda.

Los tres sonrieron, ese sí que era un mal chiste de androides.

Ingrid no se lo pensó y ayudó a Corso a levantarse.

—Cuidado, que no puedo hacer gestos bruscos —se quejó él.

—¿Por?

—Luego te lo cuento —apuntó con una media sonrisa—, ahora vayamos a casa.

Mastroianni los adelantó y abrió la puerta del despacho. En un gesto de agradecimiento, el detective fue a golpearse el ala de su sombrero, pero entonces recordó que lo había perdido.

—Si aparece te lo haré llegar.

«¿Se refería solo al sombrero?», se preguntó Corso, pero, por ahora, no tenía el cuerpo para más investigaciones.

—Hasta otra, comisario.

Y la androide y el detective abandonaron el despacho del comisario de los *carabinieri*.

Dos días después, Ingrid visitó a un Corso más recuperado en su despacho de San Lio. Había cuidado de él la primera noche tras el incidente, pero la segunda el detective insistió para que ella descansara. Fue cuando supo que los asuntos del conde iban a resolverse en breve.

—Deberías cerrar la puerta —le aconsejó la androide tras cruzar el umbral.

—No puedo levantarme, órdenes del médico —respondió Corso, que tenía los pies sobre el escritorio, sin apenas apartar los ojos del periódico.

Ella sonrió de nuevo con una de esas sonrisas que podían iluminarle el día a cualquiera. Volvía a tener el mismo aspecto con que lo había conocido apenas unos días antes. Incluso lucía un sombrero nuevo sobre la cabeza.

—¿Se ha leído el testamento? —preguntó el detective doblando las grandes hojas grises del periódico y dejándolo sobre su mesa.

Ingrid asintió.

—¿Y? Me tienes en ascuas.

—Todas las posesiones serán repartidas entre la ciudad de Venecia y algunas organizaciones caritativas.

—Al final no era tan mal tipo.

—Al menos en público.

Corso se encogió de hombros y se sentó como era debido, mirando fijamente a la androide.

—Entonces, y perdona la pregunta, ¿qué va a pasar contigo?

—Soy libre.

—¿Libre, libre?

Ingrid asintió orgullosa, pero en su rostro se atisbaba cierto sentimiento de preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó él sin entender su expresión—. Creía que era algo bueno, ¿no?

—Y... lo es... Pero no sé adónde ir... ni qué hacer.

—Puedes hacer lo que quieras.

—No es tan sencillo, Val. Estamos programados para desempeñar una función, aunque tengamos libertad de movimiento y para tomar decisiones, pero ahora...

—No te ocurrirá lo mismo que a Daniela, Ingrid —la cortó Corso—. Ella perdió la cordura por otros motivos.

—Lo sé —susurró ella—. Pero, dime, ¿a cuántos robots libres conoces?

—A ninguno.

—Exactamente. No sé si el conde me ha dejado un regalo o una maldición.

De repente, Corso volvió a recostarse en su silla y puso los pies sobre la mesa mientras se rascaba la barbilla.

—Así que necesitas algo que hacer..., un empleo, ¿no?

Ingrid asintió confusa.

—Un lugar de trabajo en el que debas llevar las cosas al día, controlar que todo se haga como es debido y que nadie sufra ningún daño.

—Más o menos, sí.

—Pues estás de enhorabuena, Ingrid, porque siempre he querido tener una secretaria —anunció él con una sonrisa mientras alargaba la mano para encajarla con la de ella.

Ingrid lo miró de reojo.

—Pero no voy a ser ni tu criada ni tu niñera, ¿de acuerdo? —dijo.

Corso soltó una carcajada y ella le sacudió la mano con fuerza.

—De acuerdo, solo necesito a alguien que me recuerde cómo debo comportarme y que ponga orden en esto que yo llamo oficina.

Sin darle tiempo a reaccionar, la androide empujó los pies de Corso para que cayeran al suelo, le bajó el ala de su sombrero de un tirón y le ordenó:

—Pues puedes empezar por parecer el profesional que yo sé que eres.

*Los casos de Valentine Corso 1: **La dama en las sombras***

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, abril 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com